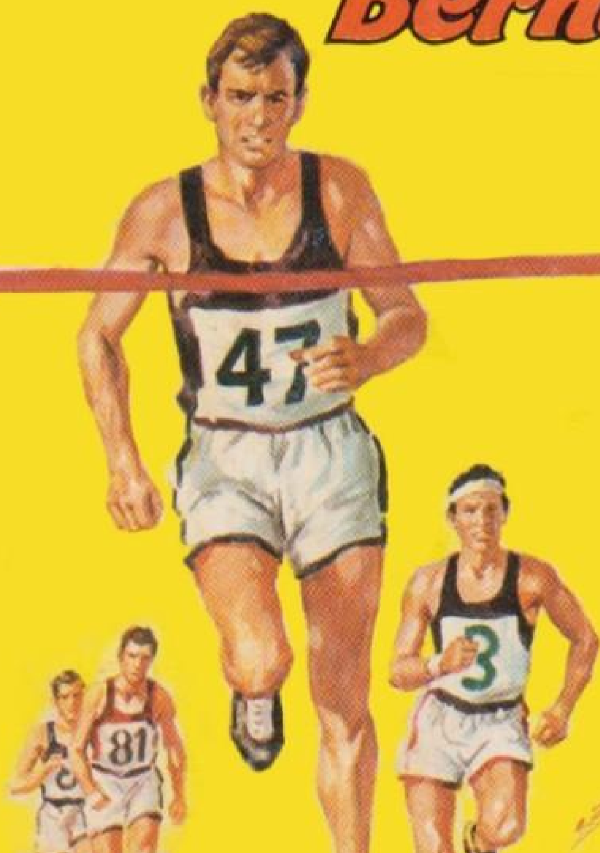
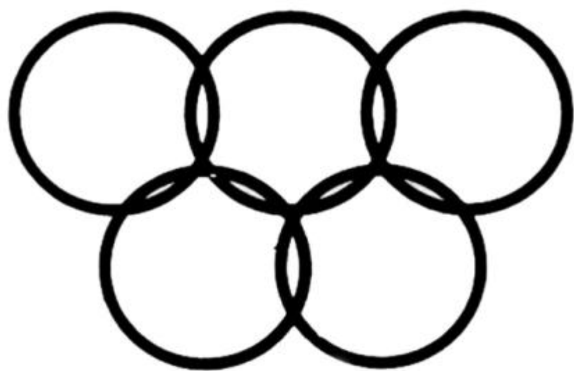


LA FLECHA HUMANA

Joseph Berna





COLECCION
DOBLE
JUEGO

ECSA

JOSEPH BERNA

LA FLECHA HUMANA

Colección
DOBLE JUEGO n.º 33
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal B. 32073-1982

Impreso en España

1.ª edición noviembre 1982
2.ª edición mayo 1983

© Joseph Berna 1982
texto

© Bernal 1982
cubierta

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt. 8 - Barcelona 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650) Barcelona-1982

CAPÍTULO PRIMERO

En la ciudad de Las Vegas, y en las pistas de la Federación Oeste de Atletismo, se habían dado cita los mejores atletas del país, tanto masculinos como femeninos.

La reunión era sumamente interesante, ya que el habitual aliciente de batir marcas anteriores y establecer nuevos *records,* se unía el hecho de que allí, en aquellas magníficas instalaciones deportivas, se iba a perfilar definitivamente la selección de atletas que debía competir en las próximas Olimpiadas, representando a los Estados Unidos.

Los deportistas que demostrasen hallarse más en forma, los que lograsen mejores tiempos en sus respectivas especialidades, quedarían ya integrados en el equipo que representaría a la nación americana en la más antigua e importante de las competiciones, pues no en vano participaban en ella los mejores atletas del mundo.

Y el equipo de los Estados Unidos, como siempre, estaba obligado a realizar un gran papel en las Olimpiadas, para no perder su prestigio, ganado a pulso en las anteriores confrontaciones mundiales.

Cada vez era más difícil triunfar en las Olimpiadas, naturalmente, porque los atletas de otros países también se esforzaban por superarse a sí mismos, y había que sudar tinta para batir a equipos tan potentes como los que presentaban la Unión Soviética, Alemania Federal, la República Democrática Alemana, Gran Bretaña, Brasil, Italia. Francia, entre otros.

Por descontado que la selección más temible, para los Estados Unidos, era la de la Unión Soviética. Los rusos, junto con los americanos acaparaban siempre las medallas de oro, plata y bronce, estableciendo una rivalidad que se acentuaba tras cada confrontación.

Y los alemanes federales y democráticos amenazando, cada vez más seriamente, lo mismo que los ingleses, los brasileños, los italianos, los franceses...

Todo el mundo apretaba de firme, obligando a los atletas de las

dos grandes potencias a echar el resto en cada prueba, para no perder su compartida supremacía.

Las gradas de las instalaciones deportivas de la Federación Oeste de Atletismo se hallaban repletas de público. Un público nervioso y expectante, que había vibrado ya con las primeras pruebas de la jornada inaugural.

Se había disputado los 110 y 400 metros vallas, los 100 y 200 metros lisos, saltos de altura, de longitud, triple sallo, salto con pértiga...

Aún faltaba mucha competición, desde luego, pero los espectadores se sentían satisfechos, ya que, en general, los atletas estaban demostrando hallarse en espléndida forma, y ya eran varios los récords que habían caído.

La lucha entre los deportistas era titánica, porque todos querían formar parte del equipo que acudiría a las Olimpiadas. Un deseo lógico y encomiable, pero que, desgraciadamente, no podía hacerse realidad, pues solo los mejores atletas serían seleccionados, teniendo que conformarse el resto con esperar una nueva oportunidad.

La prueba que se estaba preparando, era la de los 1.500 metros lisos.

Sería la primera carrera de fondo, de las tres que figuraban en el programa de la competición. La de los 5.000 metros, se disputarían por la tarde, y la más larga de todas, la de los 10.000 metros, se celebraría al día siguiente.

Los grandes favoritos de estas pruebas de fondo, eran Alan Drake, William Rains y Hoss Finley.

Eran tres atletas extraordinarios, capaces de imprimir un ritmo tremebundo a sus zancadas en cualquier momento de la prueba. Incluso al final, porque los tres poseían una gran resistencia física, y no sabían lo que era desfondarse durante la carrera a causa del esfuerzo.

Tanto Drake, como Rains y Finley, tenían acreditadas unas marcas fantásticas en las tres pruebas de fondo, difícilmente alcanzables para el resto de los atletas que corrían dichas pruebas, aunque no podía descartar se la posibilidad de que alguno de los fondistas que no contaban para el triunfo final diera la sorpresa y pusiese en apuros a los grandes favoritos.

No era muy frecuente, desde luego, pero se habían dado casos y había que contar con ello.

Los atletas que iban a correr los 1.500 metros, ya se hallaban en la línea de salida, esperando que el juez diera la señal de partir.

También el público se hallaba pendiente del juez. Este dio la señal, y los cronómetros se pusieron en marcha.

Los atletas se lanzaron hacia delante, moviendo sus entrenadas piernas con rapidez y potencia, aunque sin emplearse, ni mucho menos, a tope.

Era pronto para eso.

Solo un novato cometería el error de iniciar una prueba de fondo forzando al máximo su ritmo de zancada. Un error que solía pagarse muy caro en las pruebas de resistencia, pues si uno quemaba sus energías al principio de la carrera, se quedaba sin fuerzas mucho antes de alcanzar la llegada, y cuando los rivales atacaban, no le era posible mantener su ritmo de zancada y perdía inexorablemente la ventaja adquirida, pisando el último la línea de llegada, totalmente roto por no haber sabido dosificar el esfuerzo.

Alan Drake. William Rains y Hoss Finley sabían mucho de eso, así que solo se esforzaron lo necesario para destacarse unos metros del resto de los participantes.

Inicialmente, la delantera la tomó Hoss Finley, un atleta de color, nacido en Georgia. Medía 1,85 de estatura y poseía una musculatura envidiable.

Finley sabía que no era bueno cortar el aire desde el principio, así que cedió la primera posición a Alan Drake, nacido en Kansas. Tenía el pelo rubio y su físico era también magnífico.

Drake, que tampoco era tonto, corrió un centenar de metros en cabeza y luego permitió que William Rains, pelirrojo y nacido en Indiana, le rebasara y tomara la delantera de la carrera.

Los espectadores gritaban y animaban a los atletas, especialmente a los tres favoritos, aunque sabían que aún tardarían un poco en atacar de firme.

Hasta que no se hubiesen alcanzado los ochocientos o novecientos metros de carrera, Drake.

Rains y Finley no se emplearían a fondo. Y aún no se llevaban ni quinientos metros de carrera.

Pero, pese a no emplearse a fondo, los tres favoritos de la prueba

iban aumentando paulatinamente la ventaja que habían adquirido sobre el resto de los participantes, que parecían resignados a luchar por el cuarto puesto.

No iba a haber sorpresa en la prueba de los 1.500 metros.

Era lo que pensaban los espectadores, al ver que Drake, Rains y Finley aumentaban su ventaja. Pero se equivocaron.

Sí, porque uno de los atletas integrados en el grupo perseguidor se destacó súbitamente, al acelerar de forma sorprendente su ritmo de zancada.

Parecía decidido a dar alcance al trío de favoritos.

Y podía conseguirlo, de mantener aquel ritmo tan veloz y tan potente.

El público, que siempre celebraba aquellos ataques tan sorprendentes e inesperados, empezó a animar al bravo deportista, totalmente desconocido para la mayoría de los espectadores.

El atleta llevaba un número en el pecho y en la espalda, como todos los participantes, y por él supo el público, al consultar los programas de mano, que se trataba de Roy Balin, un corredor de Kentucky.

Tenía un físico ideal para correr pruebas de fondo, pues era alto, delgado, fuerte, y tenía las piernas muy largas y ágiles. Cada zancada que daba ahora, valía casi por dos.

El griterío de los espectadores reveló a Drake, Rains y Finley que algo sucedía tras ellos, y los tres volvieron la cabeza un instante, para ver qué pasaba.

Y lo que pasaba, era que Roy Balin se aproximaba peligrosamente.

Era una clara amenaza para los tres grandes favoritos, y como ninguno de ellos quería verse alcanzado, aceleraron el ritmo.

La prueba andaba ya por la mitad, y ya se podía atacar sin temor a vaciarse físicamente antes de alcanzar la llegada.

El público, al ver que los favoritos de la prueba pisaban el acelerador, pensó que Roy Balin iba a quedarse rezagado de nuevo. Pero no.

El excelente corredor de Kentucky siguió imprimiendo aquel ritmo endiablado a sus magníficas piernas, y no solo no permitió que Drake, Rains y Finley se destacaran más, sino que continuó acortando distancias de forma clara.

Los espectadores, entusiasmados, redoblaron sus gritos de aliento, deseando que Roy Balin diera alcance a los favoritos de la prueba y los rebasara, si ello era posible.

Los rugidos del público obligaron a Drake, Rains y Finley a volver la cabeza de nuevo, y cuando vieron que el corredor de Kentucky estaba tan cerca que casi podían tocarlo con la mano, apretaron los dientes y forzaron al máximo su ritmo de zancada.

Fue entonces cuando se vio lo bueno que eran los tres.

Ahora ya no se preocupaban de relevarse en la cabeza de la carrera. No les importaba cortar el aire con su cuerpo.

Lo único que querían, era dejar atrás a Roy Balín. Y ganar la prueba, por supuesto.

Pero les había salido un hueso muy duro de roer.

Sí, porque ni siquiera ahora, cuando los tres estaban dando de si todo cuanto podían, conseguían despegarse del extraordinario corredor de Kentucky.

Tan solo unos segundos después, Roy Balin se unía al grupo de favoritos.

¡Había conseguido alcanzarles!

¡Y su endemoniado ritmo de zancada no cedía! ¡Roy Balin podía rebasar a Drake, Rains y Finley!

¡Era solo cuestión de segundos!

Los favoritos de la prueba realizaron un titánico esfuerzo por impedir que el corredor de Kentucky tomara la delantera, pero no sirvió de nada.

Roy Balin iba ahora en cabeza de la carrera. Un espectador enfervorizado, gritó:

—¡Eso no es un corredor, es una flecha humana!

CAPÍTULO II

Sí.

Eso parecía Roy Balin. Una flecha humana.

Resultaba increíble que pudiera mantener aquel ritmo de zancada tan fantástico, pero así era. Solo faltaban un par de cientos de metros para la llegada.

¿Se desfondaría el bravo corredor de Kentucky…?

No parecía probable, pues seguía corriendo como si tuviera alas en los pies. No se le apreciaba el menor síntoma de agotamiento.

Había que verlo para creerlo.

Y, aun viéndolo, había quien no podía creerlo.

Entre estos había que incluir a Alan Drake, William Rains y Hoss Finley, que casi estaban a punto de echar las tripas por la boca en su afán de dar alcance a Roy Balin.

Un esfuerzo tan admirable como inútil, porque el corredor de Kentucky no había quien lo pillara ya, pues, para asombro de todos cuantos se hallaban en las instalaciones deportivas de la Federación Oeste de Atletismo, seguía destacándose más y más del trío de favoritos.

La resistencia de Roy Balin era algo fantástico. El esfuerzo no parecía hacer mella en él.

Los espectadores se habían puesto en pie, y se desgañitaban animando al corredor de Kentucky para que no desfalleciera en los últimos metros.

Lo de «flecha humana» había corrido como reguero de pólvora por las gradas, y ya eran cientos, miles de gargantas, las que llamaban así a Roy Balín.

El corredor de Kentucky no desfalleció y cruzó la línea de llegada con casi diez metros de ventaja sobre Alan Drake, William Rains y Hoss Finley, los grandes favoritos de la prueba.

Los grandes derrotados de la prueba, sería mejor decir, pues la ventaja que les había sacado Roy Balin, era de lo más humillante.

La ovación que el público dedicó al corredor de Kentucky, cuando este cruzó la llegada tan claramente destacado, hizo

estremecer los graderíos.

Y no era para menos, pues Roy Balin había batido el récord de los 1.500 metros lisos.

¿Batido…?

¡Lo había pulverizado!

De ahí la alegría de Chuck Palance, el entrenador de Roy Balin, que se abrazó emocionadamente a este cuando cruzó la llegada chorreante de sudor y respirando fuerte, pero físicamente entero.

Por contra. Alan Drake, William Rains y Hoss Finley llegaron literalmente rotos, por haber querido dar de sí más de lo que podían y los tres se desplomaron sobre la cuidada pista.

Los tres habían sudado como caballos, pero a Finley se le notaba más por su condición de hombre de color. Su piel negra brillaba como el charol, y tenía la camiseta totalmente pegada a la carne, lo mismo que el corto pantalón.

Los entrenadores de Drake. Rains y Finley corrieron a ocuparse de estos, temiendo que sufrieran algún desmayo a causa de su total agotamiento.

Chuck Palance, el preparador de Roy Balin, seguía abrazado a este.

Era un hombre de mediana edad, estatura corriente, algo metido en carnes, y se cubría la cabeza con una gorra blanca.

—¡Has ganado, Roy! ¡Has ganado…! —gritó, a punto de llorar de emoción.

—Sí, Chuck —jadeó el atleta, muy emocionado también.

—¡Y has batido el récord nacional de la prueba!

—¿De veras?

—¡Lo has hecho añicos, muchacho!

—Qué alegría me das. Chuck.

—¡Sabía que podías ganar la prueba! ¿No te lo dije…?

—Sí, tú tenías mucha confianza en mí.

—¡Toda la del mundo!

—Te estoy muy agradecido. Chuck. Gracias a tus cuidados y a tu preparación, he logrado este éxito.

—¡Y gracias a tu esfuerzo, muchacho! ¿O acaso no es cierto que te has sacrificado como nadie en estos últimos meses…?

—Sí, es verdad.

—¡Estarás en las Olimpiadas, Roy!

—Eso espero.
—¿Es que lo dudas…?
—Bueno, yo…
—¡Te has ganado un puesto en el equipo, con tu fantástica carrera! ¡Has batido claramente el récord de los 1.500 metros! ¡Serás seleccionado, puedes estar seguro!
—Veré mi sueño hecho realidad, pues.
—¡Y yo también lo veré, muchacho!
Roy Balin y Chuck Palance se abrazaron de nuevo.
Se había formado un corro de gente en torno a ellos.
Eran los reporteros encargados de contar en sus respectivos periódicos o revistas deportivas el desarrollo de las pruebas que se estaban disputando en las pistas de la Federación Oeste de Atletismo, quienes no paraban de tomar fotografías del corredor de Kentucky y de su entrenador. También había representantes de las distintas cadenas de Televisión, filmando ininterrumpidamente con sus cámaras portátiles.
Las preguntas empezaron a llover sobre Roy Balin, pero Chuck Palance no le dejó responder, diciendo a los periodistas:
—¡Roy está cansado, a causa del tremendo esfuerzo realizado, y no puede contestar ahora a sus preguntas! ¡Tiene que ducharse y descansar, para afrontar la prueba de los cinco mil metros en las debidas condiciones!
—¿Espera ganarla, también? —preguntó un reportero.
—¡Naturalmente! —respondió Palance—. ¡Y la de los diez mil metros!
—¿De veras? —preguntó otro periodista.
—¡Roy Balin está en espléndida forma, ya lo han visto ustedes! ¡Es el mejor fondista del momento, lo ha demostrado claramente!
El atleta cogió del brazo a su entrenador.
—Chuck, por favor… —rogó.
—¿Qué pasa?
—Estás exagerando.
—¿Quién exagera? ¡Estoy diciendo solamente la verdad!
—He ganado la prueba de los mil quinientos metros, pero eso no quiere decir que sea el mejor fondista del momento.
—¡Lo eres, te lo digo yo!
—Los cinco mil y los diez mil metros, son pruebas mucho más

duras que los mil quinientos, Chuck, tú lo sabes.

—¡Los dejarás atrás a todos! ¿Quieres apostarte algo?

Roy sonrió.

—Contigo no se puede, Chuck.

Este le palmeó la espalda.

—¡Vamos a los vestuarios, campeón! ¡Las duchas esperan!

—Un minuto, por favor —rogó uno de los reporteros. Chuck Palance sacudió la cabeza.

—¡No insistan, se lo ruego!

—Solo son un par de preguntas.

—¡Roy Balin les concederá entrevistas a todos, no se preocupen!

—¿Cuándo?

—¡Esta tarde, después de la prueba de los cinco mil metros! ¡Será su segundo triunfo, ya verán! ¡Y ahora dejen paso, por favor! ¡Roy ya tenía que estar debajo de la ducha!

Los reporteros abrieron el círculo y dejaron salir a Roy Balin y su entrenador, quienes se encaminaron hacia los vestuarios, entre los aplausos del público, que seguía recordando la extraordinaria carrera realizada por el atleta de Kentucky.

CAPÍTULO III

Roy Balin se encontraba en el hotel, en la habitación que compartía con Chuck Palance. Se había tumbado en su cama, vestido, y esperaba que su entrenador subiera y le comunicara que era la hora de bajar al comedor, para almorzar.

De pronto llamaron a la puerta. Roy frunció ligeramente el ceño.

No podía ser Chuck, porque este hubiera entrado en la habitación sin llamar.

¿Algún periodista, quizás...?

Decidido a averiguarlo, Roy se levantó de la cama y acudió a abrir, vistiendo un pantalón fresco y una fina camisa de manga corta, casi totalmente desabrochada. Calzaba mocasines blancos.

Cuando tiró de la puerta, se encontró con una atractiva joven de pelo castaño, ojos color miel y labios sonrosados, llenos y recubiertos de un brillo húmedo, que los hacía sumamente apetecibles.

La chica vestía unos ceñidos vaqueros, color hueso, y una camiseta amarilla, que dibujaba con todo detalle sus senos, redondos y erguidos, armoniosos y tentadores.

Saltaba a la vista que no llevaba sujetador.

Hacía muy bien, porque puñetera la falta que tenían aquel par de magníficos pechos de que algo les ayudara a sostenerse. Eran lo suficientemente jóvenes y vigorosos como para sostenerse por sí solos.

La muchacha, que aparentaba escasamente veinte años de edad, exhibió una preciosa sonrisa y saludó:

—Hola, flecha humana.

—¿Por qué me llamas así?

—Presencié la prueba de los mil quinientos metros.

—¿Eres periodista?

—No. Soy atleta, como tú.

—¿De veras...?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Samantha Fielding.

—Samantha Fielding... —repitió quedamente Roy, mientras forzaba la memoria.

—No te suena mi nombre, ¿verdad? —adivinó la muchacha.

—Pues, en este momento...

—Es natural, porque no soy una atleta famosa.

—Bueno, yo tampoco soy un atleta famoso.

—Querrás decir que no lo eras, porque después de lo de hoy...

Roy sonrió.

—¿De dónde eres, Samantha?

—De Oklahoma.

—¿Y cuál es tu especialidad?

—El salto de altura.

—¿Tienes una buena marca?

—Regular, solamente. Aunque espero mejorarla lo suficiente como para quedar integrada en el equipo femenino que competirá en las próximas Olimpiadas.

—Ojalá lo consigas.

—Gracias. Tú ya lo has conseguido, Roy. ¡Menuda carrera la tuya!

El atleta de Kentucky rio.

—Corrí como nunca, es verdad. Tenía tantas ganas de triunfar...

—Fue muy emocionante, Roy. Todo el público estaba contigo, te animaban, deseaban que ganaras la prueba... Y la ganaste con tanta autoridad, que lo de «flecha humana» quedará para siempre unido a tu nombre.

—No suena mal, ¿verdad?

—Suena fenomenal, Roy.

El corredor carraspeó.

—Perdona, Samantha. No te he invitado a entrar.

—No importa. En realidad, dispongo de poco tiempo. Solo he venido a felicitarte por tu maravillosa carrera. Quería hacerlo personalmente.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Bien. Tengo que irme ya.

—¿Te alojas en este hotel?

—Sí.

—¿En qué habitación?

—La quinientos catorce.

—¿La compartes con alguien?

—Sí, con mi entrenadora. Me está esperando para bajar al comedor.

—Aún no debe de ser hora de almorzar, porque mi entrenador no me ha avisado.

—No tardará en subir, ya verás.

—Todavía disponemos de unos minutos, Samantha.

—¿Para qué?

—Para charlar. Vamos, pasa.

La saltadora de altura vaciló.

—No quisiera que mi entrenadora se enfadase. Roy.

—No se enfadará, no temas.

—Está bien, entraré. Pero solo cinco minutos, ¿eh?

—De acuerdo.

Samantha Fielding entró en la habitación, cuya puerta cerró Roy Balin.

—¿Has estado alguna vez en Kentucky, Samantha? —preguntó el corredor.

—No, nunca.

—Se nota.

—¿En qué?

—En tu forma de felicitar a la gente.

—No te entiendo.

—Si hubieras estado en Kentucky, sabrías que allí es costumbre felicitar con un beso.

—¿Seguro...?

—Sí.

—¿En todos los casos...?

—En todos.

—Entonces cometí un error contigo, Roy.

—Sí, pero estás a tiempo de subsanarlo.

—Lo haré —sonrió la atleta de Oklahoma, dando un paso hacia Roy Balin.

Alzó sus manos, las posó en los hombros masculinos, y luego se elevó sobre las puntas de sus pies, para poder alcanzar los labios del corredor de fondo.

Antes de que sus bocas se unieran. Roy ciñó la cintura de la

saltadora de altura con sus brazos. Se miraron un instante a los ojos y luego se besaron, suave y cálidamente.

—Qué bien saben tus labios, Samantha —dijo el corredor, sin soltar la cintura femenina.

—¿De veras?

—Jamás había besado una boca tan deliciosa, te lo aseguro.

—Para eso querías que entrara en tu habitación, ¿eh? Para besarme y abrazarme.

Roy le acarició suavemente el cabello.

—Me gustas, Samantha.

—Me alegro.

—¿Te gusto yo a ti?

—Si no me gustaras, no te habría besado. Por mucha costumbre que haya en Kentucky de felicitar así.

—Eres encantadora, Samantha.

—Creo que voy a felicitarte otra vez, Roy.

Rieron los dos y luego unieron nuevamente sus bocas.

* * *

Chuck Palance entró en la habitación que compartía con Roy Balin.

Al ver a una pareja besándose, estrechamente abrazados, dio un respingo y exclamó:

—¡Disculpen, me he equivocado de habitación!

Roy Balin separó su boca de la de Samantha Fielding, pero no le dio tiempo a decir nada, porque su entrenador había salido disparado de la habitación y ya estaba cerrando la puerta.

Chuck Palance, sofocado todavía, se fijó en el número de la puerta. Era la habitación 588.

El preparador del atleta de Kentucky respingó de nuevo.

—¡Si no me he equivocado de habitación…! —exclamó, con unos ojos como huevos de gallina.

Justo en aquel momento, se abría la puerta y Roy Balin se dejaba ver.

—¿No quieres entrar, Chuck…? —dijo, con ironía.

El entrenador soltó un bufido.

—¡Estás con una chica, Roy!

—Y tú creíste que estaba con un canguro, ¿no?
—¿Qué?
—Hombre, como saliste disparado...
Chuck Palance apretó los puños con rabia.
—¡Salí corriendo porque creí que me había confundido de habitación!
—Sí, me pareció oírte decir. Vamos, pasa y te la presentaré.
—¡Un momento!
—¿Sí, Chuck...?
—¿Estabas besando a la chica cuando yo entré?
—Cierto.
—¿Por qué?
—Pues, porque ella me gusta.
—¡No hemos venido a Las Vegas a divertirnos, Roy!
—No me he ido de juerga, Chuck. Solo estaba besando a una chica. ¿Y sabes por qué?
—¡Porque ella te gusta, ya me lo has dicho!
—Bueno, por eso, y porque la chica tuvo la idea de venir a felicitarme personalmente por el éxito en la carrera de los mil quinientos metros. Es de Oklahoma, y allí tienen la costumbre de felicitar a la gente dándole un beso.
Samantha Fielding, que se hallaba detrás de la puerta, sonrió y murmuró:
—Pedazo de embustero...
Roy la miró, le guiñó el ojo, y volvió a encararse con su entrenador.
—Venga, Chuck, entra de una vez. Samantha está deseando conocerte.
Chuck Palance soltó un gruñido y entró en la habitación.
Roy Balin cerró la puerta y dijo:
—Te presento a Samantha Fielding, Chuck. Samantha, este es Chuck Palance, mi entrenador. El mejor preparador del país. Y puede que del mundo entero.
—¡Hala! por exagerar que no quede... —rezongó Chuck, aunque en el fondo se sentía muy halagado por los elogios de Roy.
Samantha Fielding sonrió y le tendió la mano.
—Me alegro de conocerle, Chuck.
Este se la estrechó, todavía serio.

—Lo mismo digo, Samantha.

—Si lo dices con esa cara, no te creerá —carraspeó Roy.

—¡No tengo otra, maldita sea!

—Tranquilo, Chuck. En cuanto te diga a qué se dedica Samantha, verás qué bien te cae.

El entrenador entornó los ojos.

—¿A qué se dedica?

—Al atletismo, como yo.

—¿De veras...?

—Es saltadora de altura, y confía en formar parte del equipo femenino que acudirá a las próximas Olimpiadas.

La expresión de Chuck Palance cambió totalmente, denotando ahora alegría.

—¡Eso es magnífico, Samantha!

—¿A que ya te cae bien...? —preguntó Roy.

—¡Fenomenal!

Roy y Samantha rieron. Después, la atleta dijo:

—Me encantaría seguir conversando con usted, Chuck, pero no puedo quedarme más tiempo. Mi entrenadora me está esperando y no quiero que me riña.

—Eso está bien, Samantha. No se debe hacer esperar a los entrenadores —respondió Palance.

—Charlaremos en otro momento.

—Cuando quieras, preciosa.

Samantha se despidió de Roy y de Chuck, y abandonó la habitación, sin sospechar que en la suya, la que compartía con su entrenadora, estaba sucediendo algo terrible.

CAPÍTULO IV

Nora Mullins, la entrenadora de Samantha Fielding, era una mujer joven todavía, ya que solo tenía veintinueve años. Pero, si ella no lo decía, no le echaban más de veintiséis o veintisiete.

Era bastante alta, tenía el cabello rubio, y los ojos claros. Vestía una falda blanca, abierta por delante, y una liviana blusa azul celeste, que permitía vislumbrar el breve sujetador. Calzaba zapatillas de deporte.

Mientras esperaba que Samantha regresara de felicitar a Roy Balin, Nora cogió una revista, se sentó en un sillón, y empezó a ojearla. Al cruzar las piernas, buena parte de sus largos y esbeltos muslos quedaron al descubierto, gracias a la atrevida abertura de la falda.

De repente, la puerta se abrió. Nora pensó que era Samantha.

—¿No estaba la flecha humana en su habitación, Samantha...? —preguntó, porque hacía solo unos pocos minutos que la muchacha había salido.

Al ver que Samantha no le respondía, Nora levantó la mirada de la revista y se volvió hacia la puerta, descubriendo al hombre que acababa de colarse en la habitación.

Tan grande fue su sobresalto, que la revista escapó de sus manos y cayó al suelo.

—¡Fred Strasler...! —exclamó, palideciendo.

El tipo sonrió fríamente.

Aparentaba unos treinta y cinco años de edad, era de elevada estatura y poseía un cuerpo fuerte y musculoso. Tenía las facciones duras, desagradables, y la mirada peligrosa.

Era lógico, porque se trataba de un hombre duro, desagradable, y peligroso. Nora Mullins lo sabía mejor que nadie, pues no en vano había estado casada con él.

Un error que Nora todavía lamentaba, porque fueron dos años terribles. Los peores de toda su vida. Por su gusto, se hubiera divorciado de Fred Strasler a las pocas semanas de haberse unido a él, pues para entonces ya había descubierto la clase de bicho que

era su marido.

Pero Fred no le concedió el divorcio, obligándola a permanecer dos largos y angustiosos años a su lado, hasta que se cansó de ella y de su cuerpo, tantas veces maltratado y humillado. Entonces, y solo entonces le concedió el divorcio.

Hacía ya cuatro años de eso.

Cuatro años en los que Nora no había sabido nada de su exmarido. Ni siquiera lo había visto por la calle.

Y ahora, de pronto...

—Qué sorpresa, ¿eh, Nora? —dijo Fred Strasler, parado junto a la puerta.

—Una sorpresa muy desagradable —respondió la entrenadora de Samantha Fielding.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que no te alegras de verme...?

—De sobra sabes que no.

—Yo, en cambio, sí me alegro de verte a ti —aseguró Strasler, clavando sus fríos ojos en los torneados muslos de su exmujer.

Nora se dio cuenta de ello y se apresuró a cerrar la falda.

—¿Qué diablos haces en Las Vegas? —gruñó.

—Estoy de paso.

—¿Y cómo has dado conmigo?

—Te vi casualmente entrar en este hotel, acompañada de una preciosa muchacha de pelo castaño. Algunos minutos después entré yo también y pregunté en recepción. Me dijeron que ocupabas la habitación quinientos ochenta y ocho, y subí. Llegué a tiempo de ver salir la chica que comparte esta habitación contigo y decidí aprovechar su ausencia para charlar un poco con mi dulce esposa.

—Exesposa, Fred —corrigió inmediatamente Nora.

Strasler emitió una risita.

—Veo que sigues tan arisca como siempre, Nora.

—Será mejor que te largues, Fred.

—Pero, si acabo de entrar...

—Samantha volverá de un momento a otro, y no quiero que te encuentre aquí.

—¿Te refieres al bomboncito de pelo castaño...?

—Sí.

—Tengo una idea —dijo Strasler, volviéndose.

Nora vio que su exmarido echaba el cerrojo, y se asustó.

—¿Por qué haces eso? —preguntó, con trémula voz.

—Solo trato de evitar que Samantha me sorprenda contigo. ¿No era eso lo que querías...?

Nora se puso en pie.

—Lo que quiero es que te marches, Fred. Ahora mismo.

—¿Por qué tanta prisa, muñeca?

—Te odio, lo sabes.

—No me importa. Lo único que me interesa, es tu cuerpo. Estás más hermosa y deseable que cuando nos divorciamos, ¿no lo sabías?

Nora Mullins se aterró.

—Te suplico que te marches, Fred.

Strasler avanzó lentamente hacia ella.

—Te deseo, Nora.

Esta dio un salto hacia atrás.

—¡No te acerques, Fred! ¡Si me pones las manos encima, gritaré con todas mis fuerzas! —advirtió.

Strasler se detuvo un momento, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo una navaja de resorte, cuya hoja hizo brotar para acentuar el pánico en su exesposa.

—Si gritas o armas demasiado ruido, te abro en canal, exmujercita —amenazó, con una expresión que ponía los pelos de punta.

Y así se le pusieron todos a Nora Mullins.

—Dios mío... —gimió, sintiendo que le flaqueaban las rodillas.

Fred Strasler movió las piernas de nuevo.

Nora no pudo mover las suyas. El terror la tenía agarrotada.

Fred se detuvo junto a ella y la agarró del rubio cabello, con cierta brusquedad, obligándola a levantar la cabeza.

—Tu boca está más tentadora que nunca, muñeca.

Nora supo que su exmarido iba a besarla salvajemente, pero no hizo nada por impedirlo. Fred seguía esgrimiendo su navaja y era muy capaz de lastimarla con ella si ponía objeciones.

Strasler aplastó su boca contra la de su exmujer, le mordió los labios, profundizó con su lengua... Nora sintió asco, náuseas, y retiró su boca de forma instintiva, lo cual enfureció a su exmarido.

—¡No me gusta que me interrumpan un beso, lo sabes! —ladró, y le dio una sonora bofetada.

Nora Mullins trastabilló, pero no llegó a caer al suelo.

—¡Sigues siendo un salvaje, Fred! —gritó.

Strasler le soltó ahora un revés.

El golpe, realmente brutal, tiró a Nora sobre una de las camas. La suya, casualmente.

Nora hizo ademán de incorporarse, pero su exmarido se plantó delante de ella de un salto y la agarró nuevamente del pelo.

—Te vas a estar quietecita, ¿verdad?

Nora sintió deseos de escupirle en la cara, pero no se atrevió.

La segunda bofetada le había causado una herida en el labio inferior, y la sangre resbalaba ya por su barbilla.

Con la mano que empuñaba la navaja, Strasler le abrió la blusa de un solo tirón, haciendo saltar todos los botones, y luego le arrancó el pequeño sujetador, dejándola con los pechos al aire.

Nora dio un grito, pero lo cortó en seco cuando oyó decir a su exesposo:

—¡Silencio o te parto el corazón de un navajazo!

Nora no volvió a gritar.

Sabía que el canalla de Fred no amenazaba en broma, así que se resignó a su suerte.

Strasler le oprimió los pechos, no demasiado gran des, pero duros y hermosos. Después, se los besó y se los mordió, arrancándole varios gemidos de dolor.

—¡Me haces daño, bestia!

—¡Calla, perra! ¡Sé que en el fondo te gusta!

—¡Maldito seas mil veces, Fred!

—¡Silencio he dicho!

Nora no tuvo más remedio que enmudecer, porque su exmarido le había puesto la navaja en la garganta, como amenazando con degollarla si abría la boca de nuevo.

Strasler le lastimó un poco más los pechos con sus dientes de caballo, y pasó a ocuparse de sus piernas. Para poder toqueteárselas bien, le arrancó la falda y la tiró al suelo.

Nora quedó en pantaloncitos, breves y transparentes. Pero intuía que no iba a conservarlos por mucho tiempo. En efecto, así fue.

Strasler le manoseó un poco los muslos, y luego le arrancó la prenda íntima de un zarpazo, descubriendo lo que tanto deseaba.

Muy a su pesar, Nora dio un grito.

Su exmarido se irritó y le soltó una nueva bofetada.

—¡Te he dicho que no quiero que grites, estúpida!

Nora Mullins sollozó silenciosamente, con los ojos cerrados. No quería ver cómo el miserable de Fred la poseía.

Strasler ya se estaba abriendo el pantalón, totalmente dominado por la lujuria. Hizo suya a su exmujer.

Sin la menor delicadeza, como cuando estaba casado con ella.

Nora estuvo a punto de chillar, pero logró evitarlo apretando con fuerza los dientes.

Mientras el canalla de Fred la forzaba salvajemente, pensó en Samantha Fielding y pidió al cielo que la muchacha no regresara hasta que el cerdo de su exmarido acabara de violarla y abandonara la habitación.

CAPÍTULO V

El cielo no escuchó la súplica de la infortunada Nora Mullins, pues Fred Strasler se encontraba todavía con ella cuando Samantha Fielding volvió de felicitar a Roy Balin.

Al comprobar que la puerta estaba cerrada por dentro, la saltadora de altura, extrañada, dio unos golpes con los nudillos y llamó:

—¡Nora!

Su entrenadora respingó sobre su cama.

—¡Es Samantha!

Fred Strasler, que ya había acabado con su exmujer y se estaba abrochando el pantalón, rezongó:

—Vaya, todavía nos ha pillado el bomboncito. Vístete, rápido. Y límpiate la boca, que la tienes manchada de sangre.

Nora saltó de la cama, se colocó velozmente el pantaloncito y la falda, y se cerró la blusa, sin ponerse el sujetador, porque este había quedado destrozado. Como a la blusa no le quedaba un solo botón, tuvo que anudársela debajo de los senos.

—Esos labios, vamos —apremió Strasler.

Nora se limpió la sangre con un pañuelo. Samantha Fielding repitió los golpes.

—¡Nora!... ¿Qué diablos ocurre...? ¿Por qué no abres?

La entrenadora fue hacia la puerta, pero su exmarido la agarró del brazo y advirtió:

—No le digas nada de lo que ha pasado, ¿entiendes? He guardado la navaja, pero si te vas de la lengua la sacaré de nuevo y os coseré a navajazos a las dos.

Nora Mullins tuvo un claro estremecimiento.

—Tú no eres un hombre, Fred. ¡Eres un monstruo!

Strasler sonrió desagradablemente.

—Puede que sea un monstruo, pero tengo lo que tienen los hombres, y te lo acabo de demostrar.

—¡Cerdo!

—Vamos, abre ya, antes de que me irrite y te haga escupir un

par de dientes de un revés —masculló Strasler, soltándole el brazo.

Nora Mullins alcanzó la puerta y abrió.

Samantha Fielding entró rápidamente en la habitación.

—¿Por qué echaste el cerro...? ¡Eh! ¿quién es ese? —exclamó, al descubrir que su entrenadora estaba acompañada de un hombre de aspecto no demasiado grato.

—Se llama Fred Strasler —respondió Nora, muy nerviosa.

Fred sonrió con su característica frialdad.

—¿Qué tal, Samantha?

La atleta de Oklahoma descubrió el sujetador de su entrenadora, tirado en el suelo, destrozado. Después, y al fijarse mejor en Nora Mullins, comprobó que esta tenía el rostro ligeramente hinchado y enrojecido, los ojos húmedos, un corte en el labio inferior, y ni un solo botón en la blusa, la cual, y debido a la ausencia del sujetador, permitía vislumbrar sus pechos a través del fino tejido.

—¿Qué ha pasado, Nora? —interrogó, seria.

—Nada.

—Te ha golpeado el tipo, ¿verdad?

—No.

—Tienes la cara hinchada, has sangrado por la boca y has llorado.

—Te equivocas, Samantha —rechazó la entrenadora, cada vez más nerviosa.

—¿Qué hace tu sujetador tirado en el suelo, destrozado...? ¿Y dónde están los botones de tu blusa...? —siguió interrogando Samantha.

Nora titubeó.

Fred Strasler intervino:

—¿No crees que haces demasiadas preguntas, preciosa?

Samantha lo miró severamente.

—¿Por qué golpeó a Samantha?

—No la he pegado.

—¡Miente!

—Cuidado con la lengua, jovencita.

—¿Qué hará, pegarme también a mí, so cobarde?

—¡Samantha! —exclamó Nora, cogiendo del brazo a la muchacha, pues temía que Fred la golpeara duramente.

Su exmarido, en efecto, compuso un gesto claramente

amenazador.

—Estás haciendo méritos para que te cruce la cara, preciosidad —masculló.

—¿Por qué no lo intenta, valiente?

Nora Mullins se estremeció.

—¡No lo provoques, Samantha!

—El tipo ha abusado de ti, ¿verdad, Nora? —adivinó la muchacha.

—¡No!

—¿Por qué lo proteges, por temor a que te golpee de nuevo?

—¡Cállate, te lo suplico! Y tú Fred, ¡lárgate de una condenada vez!

—¿Sin darle una lección a la niña? —rezongó Strasler.

Nora se interpuso entre Samantha y Fred, protegiendo a la atleta con su cuerpo.

—¡A ella no la toques, Fred! ¡Márchate, por favor!

—¡Aparta, Nora! —ordenó Strasler.

—¡No, no permitiré que la maltrates!

—¡Toma, estúpida! —rugió Strasler, asestándole un puñetazo a su exmujer en la boca del estómago.

Nora dio un grito y se desplomó, quedando encogida en el suelo.

Samantha que no había podido evitar que su entrenadora se derrumbara, acusó el golpe como si lo hubiera recibido ella misma.

—¡Bestia! ¡Salvaje! ¡Animal! —gritó, al tiempo que se lanzaba valientemente sobre Fred Strasler, dispuesta a destrozarle la cara con sus uñas.

El exmarido de Nora Mullins se volvió con rapidez y la saltadora de altura se estrelló contra su robusta espalda, con la cual, además, cargó Strasler, derribando violentamente a la muchacha.

Samantha rodó por el suelo de la habitación. Strasler extrajo su navaja y se revolvió.

—Creo que también voy a disfrutar un poco contigo, preciosa —dijo, con cavernosa sonrisa y saltó sobre la atleta de Oklahoma.

* * *

Roy Balin y Chuck Palance ya habían salido de su habitación, para bajar al comedor en busca del almuerzo.

—¿Quieres que pasemos por la habitación de Samantha Fielding, Chuck...? —sugirió el corredor de Kentucky.

—¿Para qué?

—Pues, para bajar juntos al comedor.

—La veremos allí, no te preocupes. A ella, y a su entrenadora —repuso Palance.

—Por favor, Chuck... —insistió el atleta.

—Te ha calado hondo la muchachita, ¿eh, Roy? —rezongó el entrenador.

—Muy hondo, si —confesó Balin, con una sonrisa.

—Pues eso no es bueno, muchacho.

—¿Por qué?

—Tienes que concentrarte totalmente en las dos pruebas que aún tienes que disputar, no debes distraerte en nada. Y si empiezas a pensar demasiado en esa chica...

—Me gustó en cuanto la vi, no pude evitarlo.

—Y no me extraña, porque Samantha es una muchacha bonita y de formas atractivas, pero...

Roy le puso la mano en el hombro.

—Tranquilízate, Chuck. No voy a correr más lento porque piense un poco en Samantha Fielding. No te defraudaré en ninguna de las dos carreras, puedes estar seguro.

Palance sonrió.

—De acuerdo, pasaremos por la habitación de Samantha Fielding —accedió.

—Gracias, Chuck.

* * *

Roy Balin y Chuck Palance se encontraban ya frente a la habitación 514, la que compartía Samantha Fielding con su entrenadora.

—Esta es, Chuck.

—Vamos, llama.

El corredor de Kentucky se disponía a hacerlo, cuando creyó oír un grito en el interior de la habitación.

—¿Has oído eso, Chuck...?

—Ha sido un grito, ¿no? —dijo Palance, que también lo había

captado.

—Algo está pasando ahí dentro, Chuck. Se oyen ruidos.

—¡Sí, parece un forcejeo!

—¡Entremos!

Como la puerta no estaba cerrada por dentro. Roy Balin y Chuck Palance no encontraron dificultades para introducirse en la habitación de Samantha Fielding y Nora Mullins.

Al descubrir lo que estaba ocurriendo en ella, ambos se quedaron momentáneamente paralizados.

Nora Mullins seguía en el suelo, gimoteando encogida y con las manos en el estómago, oprimiéndolo.

También Samantha Fielding estaba en el suelo, pero ella tenía encima a Fred Strasler, quien trataba de reducirla mientras la amenazaba con su navaja.

Al oír que la puerta se abría. Samantha miró hacia allí.

—¡Roy!... ¡Chuck!...

—¡Ocúpate de la entrenadora de Samantha, Chuck! —indicó el corredor de Kentucky, y se arrojó como una pantera sobre el tipo que forcejeaba con la saltadora de altura.

CAPÍTULO VI

Fred Strasler intentó pinchar a Roy Balin con su navaja, pero el atleta anduvo listo y aferró a tiempo el brazo del exmarido de Nora Mullins.

Los dos hombres rodaron por el suelo, furiosamente enzarzados. Strasler le dio un puñetazo al corredor de Kentucky en la cara. Roy no tardó en devolvérselo.

La pugna continuó.

Fred Strasler trataba de recuperar la libertad de su brazo derecho, pero Roy Balin no le soltaba la muñeca ni a la de tres. Y no se conformaba con aferrarle el brazo, sino que intentaba desarmarle, pero Fred se negaba a soltar su navaja.

Mientras Roy y Fred luchaban tenazmente en el suelo, Chuck Palance atendía a Nora Mullins.

Samantha Fielding, que ya se había incorporado, acudió también junto a su entrenadora, aunque sin perder de vista a Roy y Fred.

—¡Debería ayudar a Roy, Chuck! —sugirió la muchacha.

—¡No te preocupes, Samantha! ¡Roy sabe defenderse! —aseguró el entrenador.

—¡Pero es que el tipo tiene una navaja!

—¡No importa! ¡Roy encontrará la manera de arrebatársela, ya lo verás!

Todavía flotaban en el aire las palabras de Chuck Palance, cuando Fred Strasler dio un aullido de dolor y soltó su navaja. No tuvo más remedio que hacerlo, porque Roy Balin le estaba mordiendo la mano con ganas.

Era la única manera de desarmar al tipo, y Roy no dudó en hincarle sus dientes. Cuando vio que Strasler dejaba escapar su navaja, el corredor gritó:

—¡Apodérate del arma, Samantha!

La muchacha corrió hacia la navaja y se hizo con ella.

—¡Ya la tengo, Roy!

El atleta se puso en pie, obligando a Fred Strasler a incorporarse también.

—¡Ahora sabrás lo que es bueno, mal nacido! —dijo, y le estrelló el puño en la cara.

Strasler echó la cabeza hacia atrás.

Antes de que se recuperara del golpe, Roy le hundió el otro puño en el estómago, obligándolo a doblarse hacia adelante, al tiempo que emitía un rugido de dolor.

Un tercer puñetazo, en el pómulo izquierdo, envió al suelo al exmarido de Nora Mullins.

—¡Bravo! —exclamó Samantha Fielding, dando un salto de alegría.

—¿No te dije que Roy sabe defenderse…? —recordó Chuck Palance.

—¡Y tanto! ¡Dale una buena paliza a ese cobarde, Roy! —pidió la muchacha.

El atleta estaba esperando que Fred Strasler se levantara.

—¡Vamos, arriba! ¡Sin la navaja no eres nadie, fantoche! —le espetó.

—¡Maldito! —rugió Strasler, y se puso en pie.

Roy dejó que soltara el puño, lo burló limpiamente, agachando la cabeza en el instante justo, y contraatacó con rapidez, incrustándole la zurda en el hígado.

Strasler se encogió en el acto, dando un bramido.

El puño derecho de Roy entró en acción, de abajo arriba, y, percutió en el maxilar inferior de su rival, en perfecto gancho, obligándole a cerrar la boca de golpe.

El exmarido de Nora Mullins tuvo mala suerte, pues se pilló la lengua con los dientes y casi se corta un pedazo. Naturalmente, la boca se le llenó de sangre enseguida.

Roy no tuvo clemencia.

No podía tenerla, con un individuo como aquel.

Le atizó de nuevo con el puño izquierdo, en el mentón, y volvió a tumbarlo.

—¡Magnifico, Roy! —exclamó Samantha, aplaudiendo con ganas.

—¡Así se pelea, muchacho! —dijo Chuck, entusiasmado.

El corredor de Kentucky seguía pendiente de Fred Strasler.

—¡En pie, cobarde! ¡Aún no he terminado contigo!

—¡Bastardo! —barbotó Strasler, con toda la boca manchada de

sangre, y se irguió, con más dificultad que la vez anterior.

Pareció que iba a lanzarse sobre el atleta, pero se lo pensó mejor y corrió hacia la puerta.

—¡Cuidado, se escapa...! —gritó Samantha.

—¡Yo lo detendré! —dijo Balin.

Y lo hubiera conseguido, gracias a su condición de corredor, pero Nora Mullins exclamó:

—¡No, Roy! ¡Deja que se largue!

—¿Qué se largue...? —repitió Samantha, sorprendida.

Pero, la sorpresa mayor, se la llevó cuando su entrenadora reveló:

—¡Es mi exmarido!

* * *

Roy Balin y Chuck Palance también se llevaron una sorpresa mayúscula. El atleta desistió de perseguir a Fred Strasler y este ya no tuvo problemas para escapar.

Como Strasler había dejado la puerta abierta de par en par, Samantha Fielding la cerró y miró a su entrenadora, sin poder creer todavía lo que esta había dicho.

—¿Qué ese tipo es tu exmarido...?

Nora Mullins, sentada en el suelo y con las manos todavía a la altura del estómago, asintió con la cabeza.

—Sí, estuve dos años casada con él.

—¿Por qué no me lo dijiste...?

—Me avergüenza confesar que fui la esposa de un mal bicho como ese.

—¿Cómo pudiste casarte con un tipo así, Nora?

—Ni yo misma lo sé. El caso es que lo hice, y bien cara pagué mi equivocación, porque fueron dos años de continuo y angustioso tormento. Gritos, insultos, bofetadas, humillaciones... De todo tuve que soportar, porque Fred se negaba a concederme el divorcio. Intenté abandonarle, pero él siempre me encontraba. Y cuando daba conmigo, me propinaba una paliza y luego me hacía el amor como un animal. Eran auténticas violaciones, te lo aseguro.

Samantha Fielding se mordió los labios.

—Ha abusado nuevamente de ti, ¿verdad?

—Sí —respondió Nora, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos.
—Lo adiviné en cuanto entré en la habitación y me fijé en tu aspecto.
—No pude impedirlo, Samantha. Me amenazó con su navaja, me abofeteó, me tiró sobre mi cama, y... No me atreví a ofrecer resistencia, pues me hubiera golpeado con más dureza y después me habría forzado igualmente.
—¡Canalla!
Roy Balin y Chuck Palance estaban profundamente impresionados por las palabras de Nora Mullins.
—¿Por qué quiso usted que se largara, Nora? —preguntó el corredor.
—Ya le habías dado su merecido. Roy.
—Una paliza no es suficiente castigo, Nora. Ese miserable la violó, y debe ir a la cárcel.
—Estoy de acuerdo —opinó Chuck.
—Debimos entregarlo a la policía, Nora —dijo Samantha—. Abusó de ti, nos maltrató a las dos, y me hubiera forzado también a mí, de no haber aparecido tan oportunamente Roy y Chuck.
Nora Mullins movió la cabeza.
—No quiero líos con la policía, Samantha. De haber sido forzada por un desconocido, no hubiera dudado en denunciarle, pero tratándose de mi exmarido...
—Eso no suaviza la gravedad del hecho, Nora —repuso Roy—. Sigue siendo una brutal violación, y la ley...
—Prefiero olvidarlo, Roy. Al fin y al cabo, he sido violada docenas de veces por ese bicho, cuando estaba casada con él.
—Pero ahora ya no es su marido, y no tiene ningún derecho a...
—Tampoco lo tenía entonces, porque el matrimonio no autoriza al marido a poseer a la esposa salvajemente, ni a golpearla, si ella se resiste a ser tomada de esa manera tan brutal.
—Tiene razón —habló Chuck.
—Pues yo insisto en que ese canalla debe ir a la cárcel.
—Caso de que lo encerraran, no sería por mucho tiempo, Roy —repuso Nora—. Y en cuanto saliese de la cárcel...
—Por eso no quiere denunciarle, ¿eh? Teme usted su venganza.
—La verdad es que sí, Roy. Fred es capaz de todo, lo sé mejor

que nadie. De ahí que prefiera olvidar lo sucedido.

—¿Y si vuelve...?

Nora Mullins respingó nerviosamente.

—¿Volver?

—No pretendo asustarla, Nora, pero es posible que su exmarido la asalte de nuevo. Y a Samantha también.

La saltadora de altura se estremeció perceptiblemente.

—¡Dios mío, no! —exclamó.

Su entrenadora le cogió la mano y se la apretó cariñosamente.

—No temas, Samantha. Fred no volverá.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace cuatro años que nos divorciamos, y en todo este tiempo no había sabido nada de él. Si hoy pasó lo que pasó, fue porque Fred se encuentra casualmente en Las Vegas. Tuve la fatalidad de que me viera entrar en este hotel, contigo, y... Ya obtuvo lo que quería, así que no hay razón para que vuelva. Además. Roy le dio una paliza fenomenal, y Fred no se atreverá a poner nuevamente los pies en este hotel, por si vuelve a tropezarse con Roy. Es un cobarde. Abandonará Las Vegas y no volveremos a saber de él, ya verás.

—Ojalá sea así —deseó Samantha.

Roy deseó lo mismo, con el pensamiento, pero en el fondo no estaba demasiado convencido de que el exmarido de Nora Mullins abandonara la ciudad sin causar nuevos problemas.

Y, desgraciadamente, los hechos iban a darle la razón.

CAPÍTULO VII

Roy Balin y Chuck Palance habían bajado al comedor, acompañados de Samantha Fielding y Nora Mullins, y se habían sentado los cuatro en torno a la misma mesa.

En principio, la entrenadora de la saltadora de altura había dudado entre bajar al comedor o quedarse en la habitación, acostada en su cama, porque, después de lo ocurrido, la verdad es que le apetecía muy poco ingerir alimento alguno.

Por su gusto, se hubiera metido en la cama, pero como ello hubiese preocupado aún más a Samantha, Nora decidió bajar a almorzar, fingiendo, además, hallarse perfectamente.

No era así, desde luego, porque le seguía doliendo el estómago, en cuya piel le había aparecido un manchón azulado. También sus pechos habían quedado marcados por los dientes de Fred Strasler, y le dolían por eso y por los salvajes apretones que él le había dado, y que también habían sufrido sus caderas y sus muslos.

Nora se dio cuenta de todo ello cuando se duchó, antes de bajar al comedor, porque además de dolorida y humillada, se sentía sucia, y deseaba eliminar de su cuerpo el asqueroso y repugnante contacto de las manos y la boca de su exmarido.

Después, se puso un pantalón color naranja y una blusa de tirantes, de un rojo muy vivo, y vestida así bajó al comedor.

Durante el almuerzo los cuatro rehuyeron hablar de Fred Strasler y de lo que había pasado en la habitación quinientos catorce, limitándose a conversar sobre la importante reunión de atletas que estaba teniendo lugar en las pistas de la Federación Oeste de Atletismo.

—Estuviste genial en la prueba de los mil quinientos metros, Roy —elogió la entrenadora de Samantha.

—¿Verdad que sí? —dijo Chuck Palance, orgulloso del atleta que él preparaba.

—Realmente sensacional.

—Gracias, Nora —respondió el corredor de Kentucky.

—Lo de «La Flecha Humana» le va como anillo al dedo, desde

luego —opinó Samantha Fielding.

—Veremos si esta tarde soy capaz de hacer honor a ese nombre, en la prueba de los cinco mil metros.

—¡Seguro que sí! —exclamó Palance—. Estás extraordinario de forma, muchacho. No habrá quien pueda contigo.

Roy Balin compuso una mueca de preocupación.

—Drake, Rains y Finley ya saben cómo corro, y no querrán verse sorprendidos de nuevo. Me vigilarán estrechamente, estarán los tres exclusivamente pendientes de mí. Ello, unido a la mayor duración de la prueba, hará que encuentre muchas más dificultades para triunfar que esta mañana.

—¡Las superarás todas, Roy! ¡Tu ritmo de zancada no hay quien lo iguale, y tu fondo físico es admirable!

El atleta de Kentucky sonrió.

—Oyéndote a ti, Chuck, se diría que tengo el triunfo en el bolsillo.

—¡Y así es, muchacho!

Roy rio, siendo imitado por Samantha y Nora. Después, el corredor dijo:

—Hablemos de ti, Samantha. ¿Cuándo empiezas a saltar?

—Mañana —respondió la muchacha—. Hoy han saltado los hombres, y mañana nos toca a las mujeres.

—Procura saltar más que ninguna otra, y así podré usar el nombre que he inventado para ti.

—¿Qué nombre es ese, Roy?

—«El Ángel Volador».

—¡Me gusta, me gusta, me gusta! —exclamó la joven, aplaudiendo con ganas.

—¡Y a mí! —dijo Chuck, aplaudiendo también.

—Has estado muy acertado, Roy —opinó Nora, riendo.

—¿Verdad que sí?

—¡Te has ganado un beso, flecha humana! —dijo Samantha, y se lo dio, delante de todos.

Chuck Palance respingó.

—¡Niña, que no estamos solos en el comedor! —recordó.

—¿Y qué?

—¡Será descarada!

—¡Vaya si lo es! —dijo Nora.

Rieron los cuatro alegremente. Eso era bueno.

Había que olvidar lo que había pasado en la habitación quinientos catorce.

Y parecía que los cuatro lo estaban consiguiendo.

* * *

Tras el almuerzo, subieron a sus habitaciones, para echar una pequeña siesta antes de acudir a las instalaciones deportivas de la Federación Oeste de Atletismo. Roy Balin para participar en la carrera de los 5.000 metros, y Samantha Fielding para entrenarse, como por la mañana, con el fin de hallarse lo más en forma posible al día siguiente, cuando llegase la hora de la verdad.

La saltadora de altura tenía más ganas que nunca de conseguir una marca que le permitiese integrarse en el equipo femenino que acudiría a las próximas Olimpiadas, pues era seguro que Roy Balin formara parte del equipo masculino, después de su clamoroso éxito en la prueba de los 1.500 metros, y Samantha Fielding quería estar con él.

Si ella no era seleccionada, se iba a pasar semanas enteras llorando de pena y de tristeza. Y, como no tenía ganas de quedarse sin una sola gota de agua en el cuerpo, de tanto llorar, estaba firmemente decidida a saltar más que sus compañeras.

Por muy alto que estuviese el listón. Samantha se elevaría como si tuviera alas y lo salvaría limpiamente, para que Roy pudiera llamarla «El Ángel Volador».

¡Dios, qué ganas tenía de afrontar la prueba!

Se sentía tan segura de sí misma, con tanta fe y tanta moral, que ya no temía a las otras atletas que iban a competir con ella, a pesar de que algunas de estas tenían registradas unas marcas mejores que la suya.

Samantha Fielding se había propuesto superarlas a todas, y no dudaba que lo conseguiría, aunque rompiese alguna vértebra en el intento.

Roy Balin y Chuck Palance acompañaron a la saltadora de altura y a su entrenadora hasta la habitación 514. Cuando se detuvieron delante de la puerta, el corredor de Kentucky carraspeó y dijo:

—Se me está ocurriendo algo, Chuck.

—¿El qué?

—Verás, creo que Nora y Samantha no deben quedarse solas, y he pensado que…

Al ver que el atleta se interrumpía, Samantha preguntó:

—¿Qué has pensado, Roy?

—Pues, que Chuck podía instalarse en esta habitación, con Nora y tú en la nuestra, conmigo.

—¡Ni hablar! —exclamó al instante Palance.

—¿No quieres hacer compañía a Nora, Chuck?

—¡Lo que no quiero es que tú te quedes a solas con Samantha!

—¿Por qué?

—¿Y todavía me lo preguntas…?

Roy tosió.

—No haríamos nada, te lo aseguro.

—¡Eso es lo que dices tú!

—¿Tan irresponsable me crees? Sabiendo que esta tarde tengo que correr la prueba de los cinco mil metros, no iba a quemar mis energías haciendo el amor con Samantha.

—¡Ni yo lo permitiría! —exclamó la saltadora de altura—. Tengo que saltar mañana, y también yo necesito mantener íntegras mis energías.

—¿Lo estás oyendo, Chuck? —dijo Roy.

—Sí, no soy sordo —gruñó el entrenador—. De todos modos descartado lo de que Samantha y tú compartáis una misma habitación, aunque solo sea por aquello de «evita la ocasión, y evitaréis el peligro». ¿No está usted de acuerdo, Nora?

—Completamente, Chuck —asintió la entrenadora de Samantha.

Roy Balin suspiró.

—Bien, puesto que no se fían de nosotros, Samantha, tendremos que cambiar de pareja.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que yo puedo quedarme en esta habitación, con Nora, y tú instalarte en la nuestra, con Chuck.

—¡Me niego rotundamente! —exclamó la muchacha.

—¿Por qué?

—¡Me pondría celosa!

—¿Celosa…?

—¿Cuántos años tienes tú, Roy?

—Veintiséis.

—¡Nora solo tiene veintinueve! ¡Y ya ves lo guapa que está!

—¡Samantha! —exclamó la entrenadora, ruborizándose.

—¡Nada, nada, me opongo a que te quedes a solas con ella, Roy!

—Yo no sentiré celos porque te quedes a solas con Chuck en nuestra habitación, Samantha —carraspeó Roy.

—¡Hombre, claro, porque Chuck podría ser mi padre!

—¡Eh, que no soy tan viejo, niña! —se picó Palance.

Roy y Nora se echaron a reír.

Samantha tosió.

—Disculpe, Chuck, no he querido ofenderle.

—Es cierto que ya no soy un mozalbete, que me sobran algunos kilos, y que mi cabeza empieza a perder pelo, pero te aseguro que aún puedo satisfacer debidamente a una mujer, aunque tenga la mitad de años que yo.

La saltadora de altura no pudo reprimir una sonrisa.

—Estoy segura de ello, Chuck.

—Bien, hablemos en serio —pidió Roy—. Es probable que Fred Strasler no vuelva a aparecer por este hotel, pero, por si acaso, insisto que ustedes dos necesitan protección, Nora. Yo puedo dársela a usted, y Chuck a Samantha. ¿Está de acuerdo?

Nora Mullins miró a la atleta de Oklahoma.

—¿Tú que dices, Samantha?

—Creo que debemos aceptar, Nora. Nos sentiremos más seguras así. Pero ojito con ligar con Roy, ¿eh? —advirtió la muchacha, en tono de broma—. Si lo haces, yo también ligaré con Chuck.

Naturalmente, las palabras de Samantha Fielding provocaron nuevas risas. Después, Roy Balin y Nora Mullins entraban en la habitación 514, y Chuck Palance y la simpática saltadora de altura se dirigían a la habitación 588.

CAPÍTULO VIII

Las gradas de las instalaciones deportivas de la Federación Oeste de Atletismo se hallaban nuevamente repletas de público. Un público ansioso de ver otra vez en acción a Roy Balin. «La Flecha Humana», como ya le llamaban todos.

En la sesión matutina, el excelente corredor de Kentucky había sido el gran triunfador, precisamente por tratarse de un atleta desconocido, que no contaba en principio con posibilidades de vencer y ganarse merecidamente el derecho a formar parte del equipo que debía representar a los Estados Unidos en las próximas Olimpiadas.

Otros atletas, tanto masculinos como femeninos, habían logrado magnificas marcas en la sesión de la mañana, entusiasmando a los espectadores, pero ninguno los había hecho vibrar tan intensamente como Roy Balin en la prueba de los 1.500 metros.

Ahora, en la sesión vespertina, se esperaba también que el extraordinario atleta de Kentucky realizase otra hazaña en la carrera de los 5.000 metros, batiendo a los tres grandes favoritos: Alan Drake, Hoss Finley, y William Rains.

Los aficionados, no obstante, sabían que estos tres grandes atletas iban a presentar una dura y tenaz batalla al corredor de Kentucky, para no verse nuevamente derrotados por él.

De ahí el interés de la prueba, cuya emoción parecía garantizada de antemano. Drake, Rains y Finley, escocidos por su derrota en los 1.500 metros, tenían forzosamente que intentar sacarse la espina que les había clavado Roy Balin y demostrar que ellos seguían siendo los mejores, que lo de la mañana había sido un puro accidente, que se habían visto batidos por el corredor de Kentucky por un exceso de confianza, al pensar que no contaba para el triunfo final.

Cinco mil metros, eran muchos metros, y Drake, Rains y Finley estaban seguros de que Roy Balin no podría imprimir aquel ritmo diabólico a su zancada, porque se agotaría en unos minutos y se quedaría sin fuerzas para terminar la carrera.

Ninguno de los tres olvidaba, desde luego, que el atleta de Kentucky no había evidenciado el menor síntoma de fatiga durante el desarrollo de la prueba de los 1.500 metros, pero lo achacaban al hecho de que Roy Balin no había forzado la marcha hasta después de los quinientos o seiscientos metros de carrera.

Es decir, que el corredor de Kentucky no había sostenido aquel tremebundo ritmo de zancada más de mil metros. Si la prueba hubiera durado un poco más, seguramente se habría desfondado.

Esto era, naturalmente, lo que pensaban Alan Drake, William Rains y Hoss Finley. De ahí su confianza en que Roy Balin no pudiese repetir su éxito en la prueba de los 5.000 metros. Estaban seguros de que la resistencia del atleta de Kentucky fallaría, sí ellos lo forzaban a emplearse a fondo desde el principio de la carrera, y eso iban a hacer.

Así se lo habían aconsejado sus respectivos entrenadores, y ellos tres se habían puesto, además de acuerdo para provocar el desfondamiento de Roy Balín, turnándose en tal menester. Esto último era muy aconsejable, pues ellos tres se permitirían un respiro de vez en cuando, mientras que el esfuerzo del corredor de Kentucky tendría que ser continuo, al no contar con ningún otro atleta que le ayudase a soportar el ataque por relevos de los tres favoritos de la prueba, pues, en buena lógica, el resto de los participantes quedarían inmediatamente rezagados, como ya sucediera en la prueba de los 1.500 metros.

La prueba de los 5.000 metros ya estaba prácticamente preparada.

Todos los atletas que iban a tomar parte en ella, se hallaban dispuestos, y solo aguardaban la señal del juez.

El público había recibido a Roy Balin con una tremenda ovación, haciéndole saber que estaban con él y que deseaban otro gran triunfo suyo.

Chuck Palance, con su cronómetro, en la mano, aguardaba nerviosamente la señal del juez de la prueba, para ponerlo en marcha.

Nora Mullins y Samantha Fielding se hallaban junto a él, no menos nerviosas. Roy Balin las miró y les dedicó una ligera sonrisa.

Samantha le lanzó un beso. Chuck soltó un gruñido.

—¡No me lo distraigas, niña!

—¡Mi beso le dará suerte, Chuck, ya verá!

—Prefiero que se los lances después, cuando haya ganado la prueba.

—¡Entonces no se los lanzaré al aire, se los daré personalmente! ¡Y pasarán de la docena!

—¡Samantha! —exclamó Nora, riendo.

—¡Juro que se los daré!

—¡Silencio, que el juez va a dar la salida! —adivinó Chuck.

Efectivamente, el juez hizo la señal y los atletas empezaron a correr, iniciando la larga y agotadora prueba.

* * *

Al igual que en la prueba de los 1.500 metros, Alan Drake. William Rains y Hoss Finley tomaron rápidamente la delantera, destacándose varios metros del resto de los participantes, incluido Roy Balin, el triunfador de la mañana:

El público empezó a animar al corredor de Kentucky, para que saltara del pelotón de rezagados y se uniera al trío de cabeza, pero Roy pareció no oírlos. Pues no aceleró el ritmo de sus zancadas y continuó en el grupo perseguidor.

Era pronto para atacar, y Roy lo sabía.

Debía dosificar las fuerzas, para que no le fallasen cuando más las necesitase. Además, no le importaba que Drake, Rains y Finley se adelantasen unos metros. También lo habían hecho por la mañana, y de poco les sirvió, pues cuando él decidió atacar, les dio alcance, los rebasó, y aún le sobraron fuerzas para llegar al final de la carrera con casi diez metros de ventaja.

Muy pronto, sin embargo, el atleta de Kentucky se dio cuenta de que la prueba de los 5.000 metros iba a tener un desarrollo bien distinto, ya que Drake, Rains y Finley estaban empleando una táctica totalmente diferente.

Diferente… y absurda, pues estaban forzando la marcha desde el principio, como si desearan dejar totalmente descolgado al grupo perseguidor.

En la prueba de los 1.500 metros se habían conformado con tomar unos metros de ventaja, pero ahora se esforzaban por adquirir la máxima ventaja posible.

Roy Balin estaba desconcertado.

No entendía la táctica de sus más peligrosos rivales.

Drake, Rains y Finley eran tres atletas inteligentes y expertos, curtidos en docenas de pruebas de fondo, y resultaba incomprensible que se emplearan a tope desde el principio de la carrera.

¿Qué diablos les ocurría…?

¿Tanto miedo le tenían, que trataban de dejarlo descolgado en los primeros cientos de metros de carrera?

¿Lo harían para quitarle la moral…? Roy Balin no sabía qué responderse.

Pero lo cierto era que, mientras él trataba de hallar una explicación a la extraña y sorprendente táctica de Drake, Rains y Finley, estos aumentaban más y más su ventaja, que ya se estaba haciendo sumamente peligrosa.

Los espectadores, lógicamente, se sentían defraudados.

Esperaban que el corredor de Kentucky atacara, que se esforzara por dar alcance al trío de cabeza, pero Roy Balin seguía clavado en el pelotón de los rezagados.

Chuck Palance tampoco comprendía la táctica de Drake, Rains y Finley, y cada vez estaba más preocupado por la ventaja que le estaban sacando al atleta que él preparaba.

No menos preocupadas se hallaban Samantha Fielding y Nora Mullins. Las dos se estaban mordiendo las uñas.

—¿Qué le pasa a Roy, Chuck…? —exclamó la saltadora de altura —. ¿Por qué no interna dar alcance a los tres corredores que van en cabeza?

—Es pronto —rezongó Palance.

—¿Pronto…? ¡Pues como los deje escapar un poco más, va a necesitar alas para alcanzarlos! Chuck Palance no dijo nada.

Se limitó a morderse el puño. Nora Mullins opinó:

—Yo también creo que le están sacando demasiada ventaja, Chuck. Roy debería atacar ya.

—No sé qué intentan esos locos, maldita sea —masculló Palance.

Justo en aquel momento. Roy Balin tomaba la decisión de atacar.

Sabía que era demasiado pronto, pero Drake, Rains y Finley no aflojaban la marcha, y no quería que continuaran distanciándose.

Al acelerar el ritmo de sus zancadas, Roy Balín se destacó inmediatamente del grupo de rezagados, lo cual arrancó un rugido general de entusiasmo en las gradas.

Aquello era lo que quería el público, que el atleta de Kentucky corriera como solo él sabía hacerlo, con aquella zancada larga, ágil, potente, que casi valía por dos.

La esperanza renació también en Samantha Fielding y Nora Mullins.

—¡Así quería verte correr yo, valiente! —exclamó la primera, dando saltos de júbilo.

—¡Demuestra que eres una flecha humana, Roy! —gritó la entrenadora, igualmente jubilosa. Chuck Palance, en cambio, no dedicó ninguna frase de aliento a su corredor. Se alegraba de que Roy acortase las distancias, naturalmente, pero seguía pensando que era demasiado pronto para imprimir aquella velocidad a sus piernas.

Faltaba mucha carrera.

Roy no podría aguantar aquel ritmo de zancada.

Chuck se fijó por enésima vez en Drake, Rains y Finley, que seguían sin aflojar la marcha, y tuvo la desagradable sensación de que pretendían hacer caer en una trampa a Roy.

Y, desgraciadamente, acertó.

CAPÍTULO IX

El público que llenaba las gradas de las instalaciones deportivas de la Federación Oeste de Atletismo, en la ciudad de Las Vegas, seguía vibrando con la espectacular reacción de Roy Balin.

Una reacción que se había hecho esperar más de lo debido, en opinión de los espectadores. Pero, como por fin había llegado, su entusiasmo se había desbordado y los gritos, las exclamaciones, y las frases de ánimo, se sucedían.

El atleta de Kentucky siguió imprimiendo aquel ritmo endiablado a sus extremidades inferiores que, insaciables, devoraban metros y más metros, amenazando con zamparse la pista entera en un tiempo récord.

El pelotón de rezagados habían quedado ya muy atrás. En cambio, el trío de cabeza estaba cada vez más cerca.

Roy Balin iba a alcanzar a Alan Drake, William Rains y Hoss Finley, eso nadie lo ponía ya en duda. Lo que no sabían los espectadores, es si el corredor de Kentucky los rebasaría y continuaría en solitario, o se conformaría, por el momento, con formar cuarteto con ellos.

Esto último parecía lo más sensato, teniendo en cuenta que aún quedaba mucha carrera, pero el público, ávido siempre de emociones, prefería que Roy Balin dejase atrás a sus más directos rivales, como ya hiciera en la prueba de los 1.500 metros.

Chuck Palance no quería eso, porque estaba seguro de que perjudicaría a su corredor. Roy debía tomarse un respiro y reservar fuerzas para el ataque final, no podía malgastarlas ahora, con tanta carrera todavía por delante.

El atleta de Kentucky pensaba lo mismo y aunque sabía que el público le pediría que adelantase a Drake, Rains y Finley, había decidido ya no hacerlo.

Lamentablemente, sus rivales no le iban a permitir tomarse un respiro, porque no les convenía, ya que el éxito de su bien estudiada táctica dependía precisamente de eso, de que Roy Balin no tuviera un solo minuto de reposo.

No podían darle tregua.

Tenían que forzarlo al máximo, para que se agotara y quedara definitivamente rezagado. O mejor aún: tirado en la pista.

Desfallecido.

Reventado por el esfuerzo.

Después, ellos tres se disputarían el triunfo, libres ya del peligro de verse superados y humillados por el corredor de Kentucky.

* * *

Roy Balin, tal y como se esperaba, dio alcance al trío de cabeza, lo cual fue ruidosamente celebrado por el público.

—¡Ya los tiene! ¡Los ha alcanzado! —gritó Samantha Fielding, loca de alegría.

—¡Bravo, Roy, bravo! —exclamó Nora Mullins.

—¡No sigas, Roy! —aconsejó Chuck Palance—. ¡Quédate con ellos, no continúes en solitario!

El bravo corredor de Kentucky aflojó su endemoniado ritmo y siguió corriendo a la misma velocidad que imprimían Alan Drake. William Rains y Hoss Finley a sus musculosas piernas.

De pronto, ocurrió algo con lo que Roy Balin no contaba.

Finley, el negro corredor de Georgia, dio un tirón espectacular y se destacó de los otros tres atletas, dejándolos varios metros atrás.

Roy esperaba que Drake y Rains intentaran darle alcance, pero no fue así. El rubio corredor de Kansas, y el pelirrojo de Indiana, no aceleraron el ritmo de sus zancadas. Como si no tuvieran el menor interés de alcanzar al atleta de color.

Y, como Hoss Finley seguía destacándose, Roy Balin no tuvo más remedio que acelerar de nuevo la marcha, para darle alcance.

Lo consiguió, naturalmente.

El negro, en cuanto vio que el corredor de Kentucky se ponía a su altura, aflojó ligeramente el ritmo y se colocó detrás de él, para que fuera Roy Balin quien cortara el aire con su cuerpo.

Roy estaba pensando ya en devolverle la zorrería al moreno, cuando vio surgir por su derecha a Alan Drake, apretando de firme.

El atleta de Kansas se destacó vanos metros, sin que Hoss Finley hiciera nada por evitarlo, pues el muy astuto siguió pegado a la espalda del corredor de Kentucky.

Roy, naturalmente, tuvo que aumentar de nuevo el ritmo de su carrera, para que Alan Drake no se escapara. Pero, en cuanto lo alcanzó, el rubio aflojó levemente su velocidad y se puso detrás del atleta de Kentucky.

A Roy le mosqueó que Drake hubiera repetido la maniobra de Finley, pero antes de que comprendiera lo que pretendían, vio aparecer a William Rains por su izquierda, atacando briosamente.

El pelirrojo consiguió varios metros de ventaja, que Drake y Finley no se molestaron en neutralizar, dejando la tarea en manos del corredor de Kentucky.

En piernas, para ser exactos.

Roy Balin apretó los dientes con rabia.

Ya había descubierto la táctica de sus rivales.

Lo habían hecho saltar del grupo de corredores rezagados para cansarlo, relevándose descaradamente en tal menester, para no agotarse ellos también.

Una táctica poco noble, pero lícita, pues no infringía ninguna de las normas del Reglamento, ya que un corredor era muy libre de acelerar o reducir su marcha cuando le apeteciera.

Chuck Palance se estaba destrozando los puños a bocados, pues también él había descubierto ya la táctica de Drake, Rains y Finley, y se sentía terriblemente furioso.

—No hay derecho a eso —mascullló—. ¡No hay derecho, no, señor! —rugió, con ganas de estrellar el cronómetro contra el suelo.

—¿Qué ocurre, Chuck? —preguntó Samantha Fielding.

—¿Qué está pasando? —inquirió Nora Mullins.

—¡Que esos malditos le han tendido una trampa a Roy, eso es lo que está pasando! ¡Quieren agotarlo para que no pueda acabar la carrera, los muy…!

Chuck Palance no llegó a soltar el taco, pero casi.

Samantha y Nora, hondamente preocupadas por las palabras del entrenador de Roy, siguieron prestando atención a la carrera.

Roy Balin atacó, para dar alcance a William Rains. Había tomado una decisión.

Una decisión peligrosa, pero era lo único que podía hacer para desbaratar la táctica de sus rivales.

Atacar.

Atacar sin descanso. Con rabia.

Con furia.

Hasta el agotamiento.

Drake, Rains y Finley tendrían que hacer lo mismo, para no quedarse definitivamente descolgados. Y, quien más aguantase, ese sería el vencedor.

* * *

William Rains vio que Roy Balin le rebasaba y aflojó ligeramente el ritmo de su zancada, como antes hicieran Hoss Finley y Alan Drake, pensando que el corredor de Kentucky iba a conformarse con ir en cabeza de la carrera.

Pero no fue así.

Roy Balin aceleró el máximo y dejó atrás al pelirrojo.

Este volvió la cabeza y pidió mudamente el relevo. Ahora le tocaba de nuevo a Hoss Finley «tirar» del atleta de Kentucky, aunque la verdad era que Roy Balin no parecía necesitar ya que nadie «tirara» de él.

Se había disparado solo.

Sus zancadas eran prodigiosas. Su potencia, portentosa.

Volvía a ser una flecha humana.

El público, naturalmente, no paraba de rugir, animando al corredor de Kentucky a lograr una ventaja insuperable.

Hoss Finley se esforzó al máximo por alcanzar a Roy Balín, pero no lo consiguió. También Alan Drake y William Rains echaron el resto, pero fracasaron igualmente.

Era imposible alcanzar a Roy Balin, a menos que este acusara el tremendo esfuerzo y se desfondara, derrumbándose sobre la pista.

Chuck Palance pensaba que eso iba a suceder, y cerró un instante los ojos.

—Dios mío. Roy se ha vuelto loco… —murmuró.

El bravo atleta de Kentucky seguía pareciendo una flecha humana.

Drake, Rains y Finley lo perseguían furiosamente, pero no conseguían acortar las distancias. Y para mayor desesperación, Roy Balin iba aumentando poco a poco su ventaja.

Roy empezó a notar la fatiga.

Por suerte para él. Drake. Rains y Finley también la notaron.

Y la acusaron más que el atleta de Kentucky, pagando el esfuerzo que habían realizado en los primeros cientos de metros de la carrera, cuando intentaban arrancar a Roy Balin del grupo de rezagados, para hacerle caer en la trampa.

El corredor de Indiana, William Rains, fue el primero en desplomarse sobre la pista, totalmente reventado. Y, apenas unos segundos después, era el rubio atleta de Kansas, Alan Drake, quien se caía, roto por el esfuerzo.

Hoss Finley resistió un poco más, pero finalmente también se vino abajo, absolutamente desfallecido.

Roy Balin tampoco podía ya con sus piernas, pero seguía corriendo, aunque ni la mitad de rápido que antes.

Tenía que alcanzar la llegada.

No quería derrumbarse en la pista, como sus rivales. Pero aún faltaban varios cientos de metros.

¿Lo conseguiría…?

CAPÍTULO X

Los espectadores, puestos en pie, seguían alentando al extraordinario corredor de Kentucky. Le pedían un último esfuerzo, pues adivinaban que se hallaba agotado, que estaba a punto de desplomarse sobre la pista, como se habían desplomado Alan Drake. William Rains y Hoss Finley. Samantha Fielding y Nora Mullins también temían que Roy Balin se derrumbara de un momento a otro, reventado por el gran esfuerzo que había tenido que realizar para hacer fracasar la táctica de sus más peligrosos rivales.

—¡Animo, Roy! —gritó la saltadora de altura—. ¡Estás a punto de conseguirlo!

—¡No desfallezcas, valiente! —dijo su entrenadora—. ¡El triunfo es tuyo!

Chuck Palance volvió la cara.

No podía ver sufrir de aquella manera a su corredor.

Además, estaba seguro de que no podría terminar la prueba.

Roy se hallaba totalmente desfondado, se desplomada de un instante a otro, y seguramente se desmayaría.

Chuck miró su cronómetro.

El tiempo de Roy era realmente fantástico.

Si conseguía terminar la carrera, establecería una marca increíble que se tardaría muchos años en superar, porque no era normal que un atleta se emplease tanto tiempo a fondo en una carrera tan larga como la de los 5.000 metros.

Nadie podía resistirlo, y allí estaban Alan Drake, William Rains y Hoss Finley, tumbados sobre la pista, para demostrarlo.

Y allí estaban también, a punto de caer, Roy Balin.

Los cuatro habían pagado su alocada carrera, su esfuerzo desmedido, mal dosificado. No obstante, el atleta de Kentucky seguía en pie.

Sus largas piernas vacilaban, su cuerpo se tambaleaba, pero continuaba avanzando hacia la línea de llegada, sacando fuerzas de flaqueza. Faltaban apenas cincuenta metros.

En condiciones normales. Roy los hubiera cubierto en unos

pocos segundos, pero como ya no podía ni con su alma, se le antojaban cincuenta kilómetros.

La mayoría de los espectadores habían enmudecido.

Veían que el bravo corredor de Kentucky apenas podía ya arrastrar las piernas. Lo veían, también, boquear como un pez, porque la fatiga lo ahogaba, y apenas podía respirar.

No terminaría la prueba.

Se desplomaría en unos segundos.

Samantha Fielding y Nora Mullins pensaban lo mismo. Por eso habían enmudecido, también.

La caída de Roy Balin era inminente.

Sin embargo, el corredor de Kentucky resistía tenazmente, se negaba a doblar las rodillas y quedar tendido en la pista, y seguía avanzando, sin ritmo, sin fuerzas, totalmente descontrolado, dando tumbos, prácticamente al paso.

No menos de seis veces estuvo a punto de caer, pero consiguió mantenerse en pie, sin que nadie se explicara cómo. Parecía como si unas manos invisibles lo sostuvieran y evitaran que se derrumbara sobre la pista.

Y así, con ese intenso dramatismo. Roy Balin consiguió pisar la línea de llegada y ganar la prueba de los 5.000 metros, estableciendo un récord no solo nacional, sino mundial.

Por el momento, sin embargo, el atleta de Kentucky no se enteró, porque se había desplomado un metro más allá de la llegada, desvanecido.

* * *

Cuando Roy Balin volvió en sí, reanimado por su entrenador, el público seguía ovacionándole con fervor y llamándole «La Flecha Humana».

Samantha Fielding y Nora Mullins también se encontraban junto a él, y la saltadora de altura, en cuanto vio que el corredor de Kentucky abría los ojos, se lo comió prácticamente a besos.

—¡Niña, que se nos va a desmayar otra vez! —exclamó Chuck Palance.

—¡Te quiero, Roy, te quiero! —dijo Samantha, y siguió besando al atleta de Kentucky.

Los periodistas y los reporteros de las distintas cadenas de Televisión habían formado un círculo en torno a Roy, Chuck. Samantha y Nora, y no paraban de hacer fotos y filmaciones. Chuck los miró, exultante de alegría.

—¿No les dije que Roy Balin es el mejor fondista del momento…?

—¡Lo ha demostrado, sí, señor! —respondió un periodista.

—¡Aseguré que ganaría también la prueba de los cinco mil metros, y así ha sido! —recordó Chuck.

—¡Roy es un corredor sensacional! —dijo otro periodista—. ¡Seguro que triunfa también mañana, en los diez mil metros!

—¡Pueden apostar por ello!

—¡Queremos entrevistar a Roy!

—¡Más tarde, muchachos! ¡Ahora no está en condiciones! ¡En cuanto se duche y se recupere un poco, les atenderá a todos, les doy mi palabra!

Los reporteros insistieron, pero Chuck Palance se llevó a Roy Balin camino de los vestuarios, acompañado de Samantha Fielding y Nora Mullins.

* * *

Tal y como prometiera su entrenador, Roy Balin atendió a los periodistas y la gente de Televisión cuando se hubo recuperado del tremendo esfuerzo que tuvo que hacer para terminar la prueba de los 5.000 metros.

Después, regresó al hotel, junto con Chuck Palance, Samantha Fielding y Nora Mullins. Como ya casi era la hora de cenar, fueron directamente al comedor y ocuparon una mesa.

—Propongo que nos vayamos los cuatro de juerga esta noche, para celebrar mi doble triunfo —sugirió el corredor de Kentucky.

—¡Tú estás loco! —exclamó Chuck Palance—. ¿Cómo vamos a irnos de juerga esta noche, si mañana tienes que correr la prueba de los diez mil metros…?

—Y Samantha tiene que saltar —añadió Nora Mullins.

Roy se echó a reír.

—Solo era una broma. De sobra sé que no podemos irnos de juerga esta noche, pero lo haremos mañana. Y celebraremos no solo

mis triunfos, sino también el de Samantha en el salto de altura.

—¡Dios te oiga! —exclamó la muchacha.

—Estoy seguro de tu éxito, ángel volador.

—¡Ay, te has ganado un beso! —dijo Samantha, y se lo dio.

—¡Pero qué chica tan besucona! —exclamó Chuck, con cómico gesto.

Roy, Samantha y Nora rompieron a reír, y Chuck no tardó en unir su risa a la de ellos.

Lejos estaban los cuatro de sospechar que su alegría iba a durar muy poco, por culpa de Fred Strasler, el exmarido de Nora Mullins, quien estaba deseando vengarse por la paliza que le propinara el corredor de Kentucky.

* * *

Una hora más tarde, Roy, Samantha, Chuck y Nora abandonaban el comedor y subían a sus habitaciones. Fueron primero a la 514, que era la que compartían la saltadora de altura y su entrenadora.

Roy carraspeó y sugirió:

—¿Hacemos lo mismo que esta tarde?

—¿Te refieres a quedarte tú en esta habitación; con Nora, y dormir yo en la vuestra, con Chuck...? —preguntó Samantha.

—Sí, claro.

—Por mí, de acuerdo. Creo que puedo fiarme de Chuck —dijo la muchacha, con pícara sonrisa.

—¡Niña! —exclamó Palance, frunciendo el ceño.

Samantha rio y miró a su entrenadora.

—¿Te fías tú de Roy, Nora...?

—Es un buen muchacho.

—Entonces, que se quede contigo. No creo que tu exmarido vuelva, pero si comete ese error, Roy le dará otra paliza y luego lo entregará a la policía, quieras tú o no quieras.

Nora Mullins no respondió.

Samantha Fielding le dio un beso en los labios al corredor de Kentucky.

—Hasta mañana, Roy.

Balin le acarició suavemente el rostro.

—Que descanses, Samantha.

—¿Soñarás conmigo?
—Seguro.
—Si no lo haces, me enfadaré.
—Soñaré contigo, te lo prometo.
—Y yo contigo.
Se dieron otro beso.
Después, Samantha se cogió del brazo del entrenador de Roy y dijo:
—Vámonos, papaíto.
—¡Ya te estás metiendo otra vez con mi edad! —barbotó Palance, haciendo reír a Roy y Nora.
Samantha rio también y tiró de Chuck.
—¡Lo he dicho para picarte, tonto!
—¡Esta niña...!
Samantha y Chuck se alejaron, y Roy y Nora entraron en la habitación 514, cuyo cerrojo echó el corredor de Kentucky, por si las moscas.

CAPÍTULO XI

Chuck Palance y Samantha Fielding entraron en la habitación 588.

—Eche el cerrojo, Chuck —indicó la muchacha.

—¿Tienes miedo, Samantha?

—No, pero me sentiré más segura.

—Como quieras —sonrió el entrenador, y cerró la puerta por dentro.

Samantha le guiñó el ojo.

—Vaya suerte la suya, ¿eh, Chuck?

—¿A qué te refieres?

—Hombre, pasar la noche con una chica de veinte años, que además está muy bien de todo…

—¡Pero qué descarada eres! —exclamó Palance, riendo.

Samantha rio también y dijo:

—Voy al cuarto de baño, Chuck.

—Muy bien. Cuando salgas tú, entraré yo.

—De acuerdo.

Samantha Fielding caminó resueltamente hacia el cuarto de baño y penetró en él, pero no llegó a cerrar la puerta, porque ya había descubierto a Fred Strasler.

Se hallaba oculto en el cuarto de baño.

Y esgrimía un revólver calibre 38, provisto de silenciador. Samantha dio un grito de terror.

Chuck Palance respingó, alarmado.

—¡Samantha!

—¡Esta aquí, Chuck!

—¿Qué?

—¡El exmarido de Nora Mullins está aquí!

Fred Strasler le dio un empujón a la saltadora de altura y la hizo salir del cuarto de baño a trompicones. Después, salió él y apuntó a Chuck Palance con su arma.

—¡Quieto, gordito!

El entrenador, que había hecho ademán de correr hacia

Samantha Fielding para protegerla del exmarido de Nora, se quedó parado.

—Fred Strasler… —murmuró.

El tipo los observó a los dos, con gesto fiero.

—¿Qué diablos significa esto? ¿Dónde está el bastardo de Roy Balin?

Samantha y Chuck cambiaron una mirada.

—¡Responded o aprieto el gatillo! —amenazó Strasler.

Samantha, que lo creía muy capaz, contestó:

—Está con Nora, en la 514.

—¿Qué…? ¿Es que la zorra de mi exmujer no tuvo bastante conmigo, que quiere compañía para esta noche…? —rugió el tipo.

—No es lo que usted se figura, Fred. Roy se quedó con ella para protegerla de usted, si volvía —aclaró Samantha.

—¿De veras…?

—Sí, por eso estoy yo en esta habitación. Roy protege a Nora, y Chuck me protege a mí.

Strasler miró burlonamente a Palance.

—Con que el gordito te protege a ti, ¿eh, preciosa?

—Sí.

—¿Y cómo esperas agradecerle su protección?

—No le entiendo.

—Vais a dormir juntos, ¿verdad?

—¡Cuidado con lo que dice! —advirtió Chuck.

Fred apretó las mandíbulas y le apuntó a la frente con su revólver.

—Abre la boca otra vez y te vuelo la tapa de los sesos, gordito.

Chuck no pudo evitar un estremecimiento.

Fred miró de nuevo a Samantha.

—Te he hecho una pregunta, bombón.

—Chuck y yo no vamos a dormir juntos —respondió la muchacha—. Como tampoco van a dormir juntos Roy y Nora.

—¿Estás segura…?

—Absolutamente.

—Mi exmujer es una perra.

—Nora es una buena chica.

—¡Es una golfa! —ladró Strasler.

Samantha no se atrevió a replicar, por temor a que el marido de

Nora la golpeara, pues parecía tener ganas de eso, de empezar a hacer daño.

Chuck Palance, a pesar de la amenaza de Fred Strasler, apretó los puños y dijo:

—No insulte a Nora, maldito.

—¿Por qué?

—Es una gran mujer.

—¿Eso crees, gordito...?

—Nora vale mil veces más que usted, Strasler.

—Hablas como si te hubieras enamorado de ella.

Chuck no respondió.

Fred lo llamó con su mano izquierda.

—Acércate, gordito.

Chuck obedeció.

Cuando lo tuvo a su alcance, Strasler le dio un puñetazo en el estómago, con la zurda, obligándolo a doblarse. Entonces, le atizó en al cuello con el revólver, duramente.

Chuck Palance, cayó al suelo, gimiendo de dolor.

—¡Chuck! —exclamó Samantha, dejándose caer junto a él, para socorrerle.

Fred Strasler masculló:

—Si no hubiera defendido a esa ramera de Nora, ahora no le dolería nada.

Samantha lo miró con odio.

—¡Es usted un cobarde, Fred!

—Ya me llamaste eso en la habitación 514, ¿recuerdas?

—¡Y muchas cosas más!

—¿Recuerdas, también lo que estuvo a punto de pasarte, por tener la lengua tan larga?

—¡Me alegré de que Roy Balin le propinara una paliza tan tremenda!

Las pupilas de Strasler centellearon.

—Me ocuparé de ese hijo de perra, te doy mi palabra. Esperaba encontrarlo aquí, pero llegaste tú con el gordito, en vez de él. No importa, le daré igualmente su merecido. Antes, sin embargo, voy a divertirme un poco contigo.

Samantha se irguió de un salto.

—¡No intente tocarme, puerco!

—¿Qué harás?
—¡Le sacaré los ojos con mis uñas!
Strasler rio.
—¿Olvidas que tengo una pistola, jovencita?
—¡No me importa!
—Puedo matarte, estúpida.
—¡Prefiero que apriete el gatillo a verme forzada por usted, cerdo!
Strasler atirantó los músculos faciales.
—Si no te necesitara viva... —masculló.
—¿Para qué me necesita viva? —preguntó Samantha.
—Para que hagas venir aquí a Roy Balin y a la zorra de mi exmujer.
—¿Hacerlos venir aquí...?
—Sí.
—¿Cómo?
—Los llamarás y les dirás que Chuck se ha puesto repentinamente enfermo.
—¿Y cuándo estén aquí...?
Fred Strasler sonrió siniestramente y respondió:
—Eso es cosa mía, nena. Tú limítate a llamarlos.
Chuck Palance, que lo había oído todo desde el suelo, gritó:
—¡No lo hagas, Samantha!
Strasler, furioso, le atizó un brutal patadón en el costado, arrancándole un aullido de dolor.
—¡Tú cierra el pico, gordito!
—¡Salvaje! —rugió Samantha, y le atacó, pero el exmarido de Nora Mullins no se dejó sorprender.
Le dio una bofetada y la tiró al suelo.
—¡Conmigo no se juega, preciosa! —ladró.
Samantha se llevó la mano a la enrojecida mejilla.
—Rata asquerosa...
—¿Harás venir a Roy y Nora? —preguntó Strasler.
—¡No!
La pierna de Fred Strasler se disparó de nuevo, incrustándose ahora en los riñones de Chuck Palance, quien dio otro aullido de dolor y se retorció en el suelo.
—¡Canalla! —rugió Samantha, poniéndose en pie.

—¡Si no los llamas, destrozaré al gordito a patadas! ¡Y a ti también te marcaré el cuerpo, primor! —amenazó Strasler.

Samantha vaciló.

No quería llamar a Roy y Nora, pero tampoco quería que el miserable de Fred Strasler siguiera maltratando a Chuck, o la maltratara nuevamente a ella.

Y el caso es que nada podía hacer para evitarlo. Strasler tenía una pistola.

Era, además, un hombre fuerte.

No tenía la menor posibilidad de sorprenderle.

Ya lo había intentado, pero sin ningún resultado, pues él, con una simple bofetada, la había mandado al suelo.

Strasler echó nuevamente la pierna hacia atrás, para tomar impulso y darle otra patada a Chuck Palance.

—¡No! —gritó Samantha.

Strasler detuvo la pierna en el aire.

—¿Los llamarás?

Samantha ya no lo dudó más.

—¡Usted gana, maldito!

El exmarido de Nora sonrió.

—Vamos, coge el teléfono y pide que te pongan con la habitación 514 —indicó.

Samantha Fielding, muy a su pesar, no tuvo más remedio que obedecer.

CAPÍTULO XII

Nora Mullins había entrado en el cuarto de baño, para ponerse el camisón. Ya se había despojado de la blusa de tirantes y del ajustado pantalón color naranja, conservando únicamente su prenda más íntima.

Antes de colocarse el camisón, la entrenadora de Samantha Fielding se miró al espejo. Sus bonitos pechos seguían ofreciendo las huellas dejadas por los dientes de Fred Strasler, y en su estómago seguía teniendo el manchón azulado, causado por el puñetazo que le diera su exmarido, cuando ella trataba de proteger a la atleta de Oklahoma. Otros moretones, afortunadamente más leves, afeaban sus curvadas caderas y sus torneados muslos.

Nora Mullins maldijo una vez más al bestia de Fred Strasler, y se puso el camisón. Era corto y bastante trasparente, por lo que titubeó antes de salir del cuarto de baño. El camisón le parecía demasiado atrevido y sugerente, teniendo en cuenta que aquella noche no iba a ser Samantha Fielding su compañera de habitación, sino Roy Balin y este podía pensar que...

No. Nora rechazó que el corredor de Kentucky pudiera pensar que ella trataba de incitarle a hacerle el amor. Roy era un buen muchacho, y no tenía por qué pensar eso de ella.

Por otra parte, Nora no disponía de otro camisón. O dormía con aquel, o se acostaba vestida, y esto último hubiera sido ridículo. Además, si se acostaba vestida, Roy podría pensar que no se fiaba de él, y seguramente se molestaría. Y con razón, pues no le había dado motivos para que ella desconfiara de él.

Tranquilizada por sus propios pensamientos, Nora Mullins salió del cuarto de baño. Roy Balin se había metido ya en la cama de Samantha Fielding, en slip, pues su camisa y su pantalón descansaban sobre una silla.

El atleta de Kentucky tenía una revista en las manos, pero apartó la mirada de sus páginas y la posó en la esbelta figura de Nora Mullins, vislumbrando sus senos y el blanco pantaloncito, gracias a la transparencia de la breve prenda nocturna.

—Está muy atractiva con ese camisón, Nora —aseguró Roy, sonriendo suavemente.

La entrenadora de Samantha se puso un poco nerviosa.

—Gracias —dijo, y se metió en su cama, cubriéndose con la sábana hasta casi el cuello. Roy, en cambio, solo se cubría con la suya hasta la cintura.

—¿Tiene frío? —preguntó el corredor, con ironía.

—Por supuesto que no.

—Como se ha tapado hasta el cuello…

Nora sonrió nerviosamente.

—Mi camisón es un tanto atrevido, Roy. Me lo he puesto porque no tengo otro, pero no quiero que su transparencia te excite. Por eso me cubro hasta tan arriba con la sábana.

—No se preocupe, Nora, Estoy cansado y voy a dormirme enseguida. Y suelo pasar las noches de un tirón, así que puede dormir tranquila, pues aunque la sábana se deslice, yo no me enterare.

—Eres un gran tipo, Roy.

—Y usted una mujer estupenda, Nora.

—Muchas gracias.

—No lo digo yo solo, ¿eh?

—¿Quién más lo dice?

—Chuck Palance.

—También le daré las gracias, entonces.

—Tal vez no debiera decírselo, pero…

—¿Qué es lo que no deberías decirme, Roy?

—Algo que sospecho, pero que no puedo asegurar.

—¿Qué sospechas, Roy?

—Creo que Chuck se ha enamorado de usted, Nora.

—¿Qué…? —exclamó la entrenadora de Samantha, irguiendo el torso de golpe.

La sábana, naturalmente, se deslizó y bajó hasta su cintura, y Roy pudo vislumbrar de nuevo los bellos senos de Nora, las amplias aureolas de sus pezones, rosados, erectos, hermosos…

El atleta de Kentucky tosió y dijo:

—La sábana, Nora.

—¿Qué?

—Se ha ido para abajo.

—¡Oh! —respingó la exesposa de Fred Strasler, y se cubrió nuevamente con la sábana.

—¿Tanto le sorprende que Chuck se haya enamorado de usted, Nora? —preguntó Roy.

—Sinceramente, sí.

—Chuck solo tiene treinta y ocho años.

—No es por eso, Roy.

—¿Cuál es el motivo, entonces...?

—Bueno, Chuck sabe que estuve dos años casada con ese salvaje de Fred Strasler, y todo lo que él me hizo en ese tiempo... Sabe, también, que esta mañana me forzó aquí, en esta misma habitación, y eso...

El atleta de Kentucky sonrió.

—Le aseguro que a Chuck no le importa, Nora. Es más, creo que se ha enamorado de usted por eso, por lo que Fred Strasler la ha hecho sufrir. Chuck opina que usted se merece más que nadie ser feliz, y creo que a él le encantaría proporcionarle esa felicidad.

Nora Mullins se emocionó visiblemente.

—¿Estás seguro, Roy?

—Pondría la mano en el fuego, Nora. No olvide que conozco a Chuck, mejor que nadie. Es un tipo excelente, y si usted accediera a ser su esposa, no se arrepentiría jamás, se lo garantizo.

Nora iba a decir algo, cuando sonó el teléfono.

—Yo lo cogeré —dijo Roy, alargando el brazo hacia la mesilla de noche que separaba ambas camas—. Debe ser Samantha, que quiere saber lo que estamos haciendo —bromeó.

—Seguro —respondió la entrenadora, riendo.

El corredor se llevó el auricular al oído.

—¿Diga?

—¿Roy?...

—Hola, Samantha. ¿Qué pasa, los celos no te dejan dormir?

—No te llamo por eso.

—Me alegro.

—Se trata de Chuck.

—¿Ha intentado propasarse contigo...?

—Déjate de bromas, Roy. La cosa es muy seria.

El atleta dejó de mostrarse risueño.

—¿Qué sucede, Samantha?

—Chuck se ha puesto enfermo.

—¿De veras?

—Le duele mucho el estómago.

—Demonios.

—Ven enseguida, Roy. Y trae contigo a Nora. Creo que ella tiene la culpa de que a Chuck le duela tanto el estómago. Si no le hubiera incitado a comer tantos pepinillos en vinagre durante la cena...

El corredor de Kentucky compuso un gesto de desconcierto.

—¿Pepinillos en...? —murmuró.

—Deprisa, Roy. Chuck está cada vez peor —dijo la saltadora de altura, y cortó la comunicación.

Roy Balin se quedó con el auricular en la mano, mirándolo como si fuera la primera vez que veía un objeto semejante y no tuviera la menor idea de para que servía.

Nora Mullins, visiblemente preocupada, preguntó:

—¿Qué ocurre, Roy?

—Samantha dice que a Chuck le duele mucho el estómago.

—¿En serio...?

—Sí, y le echa las culpas a usted.

—¿A mí...? —respingó la entrenadora—. ¿Por qué?

—Por haberle incitado a comer pepinillos en vinagre durante la cena.

Nora Mullins abrió la boca, absolutamente perpleja.

—¿Qué yo...?

—Eso dijo Samantha.

—¡Pero si no nos sirvieron pepinillos en vinagre en la cena!

—Lo sé.

—¿Por qué habló Samantha de pepinillos en vinagre, pues...?

—Sospecho que para advertirnos de algo.

—¿De qué?

—Quisiera equivocarme, pero me terno que Fred Strasler está en la habitación 514 —adivinó el corredor.

Nora Mullins palideció.

—¿Fred...?

—Debió ir por mí, para vengarse de la paliza que le di, y ha obligado a Samantha a llamarnos. El dolor de estómago de Chuck, debe ser un puñetazo de Fred Strasler. Y puede que le duelan más cosas.

—¡Dios mío! —exclamó Nora, estremeciéndose.

Roy Balin apartó la sábana y saltó de la cama, procediendo rápidamente a vestirse.

—Si ese canalla de Strasler ha lastimado a Chuck, le destrozaré la cara a puñetazos. Y si ha abusado de Samantha, lo estrangularé con mis propias manos. ¡Juro que lo haré!

Nora Mullins saltó también de su cama, sin importarle ya que su camisón fuera breve y transparente.

—¡Fred debe ir armado, Roy! —advirtió.

—No me importa.

—¡Seguro que tiene una pistola!

—Se la arrebataré.

—¡Fred no se dejará sorprender, Roy! ¡Nos está esperando, no lo olvides!

—Nosotros tenemos la ventaja de que sabemos que él nos está esperando, lo cual Fred ignora. Y trataremos de aprovecharla, para sorprenderle.

—¿Cómo, Roy?

—Todavía no lo sé. Pero ya se me ocurrirá algo por el camino. Vístase, Nora, rápido. No hay tiempo que perder.

—¡Oh, Dios! —gimió la entrenadora, y se introdujo rápidamente en el cuarto de baño, para ponerse sus ropas.

CAPÍTULO XIII

En la habitación 588, Chuck Palance continuaba tirado en el suelo, gimoteando de dolor. Samantha Fielding, había intentado socorrerle, pero Fred Strasler no lo había permitido, obligándola a mantenerse distanciada del entrenador de Roy Balin.

El exmarido de Nora Mullins se había colocado junto a la puerta, para sorprender por la espalda al corredor de Kentucky cuando entrara en la habitación, acompañado de la entrenadora de Samantha.

La saltadora de altura se hallaba terriblemente nerviosa, pues no sabía si Roy Balin habría sabido entender lo de los pepinillos en vinagre o seguiría preguntándose qué significado podía tener aquello.

Los segundos transcurrían con una lentitud desesperante.

Fred Strasler mantenía el brazo derecho en alto, y apretaba con fuerza el revólver del 38 provisto de silenciador. Había descorrido el cerrojo, así que Roy Balin y Nora Mullins entrarían en la habitación en cuanto llegasen, sin necesidad de llamar.

De repente, la puerta se abrió y Nora Mullins entró en la habitación. Pero entró sola.

Roy Balin no venía con ella.

Fred Strasler rezongó una maldición, al tiempo que cerraba la puerta de golpe. Su exmujer se volvió y dio un grito de espanto.

—¡Fred!

Strasler la agarró de un brazo, con violencia.

—¿Dónde está el bastardo de Roy Balin? —interrogó.

—¡Ha ido en busca del médico del hotel! —mintió Nora.

—¿Qué...?

—¡Samantha dijo que Chuck se había puesto enfermo!

—¡Maldita sea! —rugió Strasler, y empujó con rabia a su exmujer, haciéndola caer al suelo, muy cerca de donde yacía Chuck Palance.

Justo en aquel momento, la puerta se abría violentamente, como coceada por una mula, y Roy Balin irrumpía en la habitación como

un verdadero vendaval.

Fred Strasler se revolvió, con rapidez, pero no pudo evitar que el atleta de Kentucky lo arrollara con la fuerza de una locomotora y quedara encima de él, sujetándole el brazo derecho, para que no pudiera hacer uso de su pistola.

Un uso efectivo, al menos, porque Roy no podía impedirle que accionara el gatillo. Fred lo accionó, pero como el atleta le obligaba a mantener desviada el arma, la bala fue a incrustarse en la pared.

El disparo, naturalmente, quedó ahogado por el silenciador, y no se escuchó detonación alguna. Fred Strasler apretó de nuevo el gatillo, pero sin ningún resultado positivo, porque también este segundo proyectil fue a estrellarse contra la pared.

Nora Mullins, temerosa de que alguna de las balas alcanzara a Chuck Palance, se echó sobre este y lo protegió con su cuerpo.

El entrenador de Roy, adivinando la intención de la exesposa de Fred Strasler, la miró a los ojos y murmuró:

—Nora…

Ella le sonrió dulcemente.

—No se mueva, Chuck.

—Pero…

—Silencio, se lo ruego.

Chuck Palance no dijo nada más, aunque siguió mirando a Nora Mullins de una manera que revelaba claramente lo que sentía por ella. La entrenadora de Samantha se dio cuenta, y no dudó en darle un tierno y cálido beso en los labios.

Samantha Fielding no se enteró, pues se hallaba exclusivamente pendiente de Roy Balin y Fred Strasler, que seguían luchando fieramente en el suelo.

El corredor pugnaba por arrebatarle la pistola al exmarido de Nora, pero por el momento no lo conseguía. Fred Strasler, por su parte, trataba de desembarazarse del atleta, para poder dispararle a placer, pero Roy no se separaba de él ni siquiera un palmo.

Strasler efectuó un tercer disparo.

En esta ocasión, la bala se incrustó en el techo. La feroz lucha continuó.

Strasler consiguió colocarse encima de su enemigo.

Roy intentó invertir las posiciones, pero Fred le soltó un zarpazo a la cara, buscándole los ojos, para cegarle momentáneamente.

—¡Traidor! —rugió el atleta, adivinando las intenciones del exmarido de Nora.

Strasler repitió la artimaña.

Samantha Fielding, viendo que Roy Balin estaba pasando por unos instantes de apuro, decidió ayudarle, aun sabiendo que se arriesgaba a recibir un balazo.

Corrió hacia los dos hombres, saltó sobre la espalda de Strasler, y lo agarró del pelo, tirando con ganas.

El tipo aulló de dolor.

—¡Suelte la pistola o lo dejo calvo, Strasler!

Este dudó, pero eran tan terribles los tirones de pelo que le daba la saltadora de altura, que no tardó mucho en soltar el revólver, el cual quedó muy cerca de Nora Mullins.

La entrenadora se apoderó del arma.

Samantha, logrado ya su objetivo, soltó el pelo de Fred Strasler y se apartó de este, para que Roy pudiera darle su merecido, ahora que ya no tenía que preocuparse de la pistola de Fred.

El corredor de Kentucky, efectivamente, logró conectar un tremendo derechazo en la cara del exmarido de Nora Mullins y lo tiró de espaldas.

—¡Bravo, Roy! —aplaudió Samantha.

El atleta se irguió con prontitud.

Fred Strasler se incorporó también, pero en vez de atacar a Roy Balin se arrojó sobre su exmujer, rugiendo:

—¡Dame esa pistola, perra!

Nora, aterrorizada, apretó el gatillo cuando ya Fred caía sobre ella.

Se escuchó un alarido de muerte, que ahogó totalmente el grito de pánico emitido por la entrenadora de Samantha, y Fred Strasler se venció hacia su izquierda, quedando tendido en el suelo, boca arriba.

Tenía sangre en el pecho, a la altura del corazón.

La herida era mortal.

Strasler había cerrado los ojos, tenía el rostro contraído, y la boca entreabierta. No se movía. Y tampoco parecía respirar.

Nora dio un grito de horror y soltó la pistola.

Roy se apresuró a tomarle el pulso a Fred Strasler, pero no se lo encontró, porque el tipo era ya cadáver.

* * *

Algunos minutos después, la policía se personaba en la habitación 588, avisada por Roy Balin, quien informó detalladamente a los agentes de la ley de cuanto había sucedido.

Chuck Palance, ligeramente recuperado de los golpes que le propinara Fred Strasler, corroboró las palabras del atleta de Kentucky. Y lo mismo hizo Samantha Fielding, que se ocupaba de su entrenadora, la cual no paraba de llorar.

Y es que Nora Mullins tenía miedo de ir a la cárcel.

Por eso, cuando los policías le dijeron que no debía temer nada, porque había disparado en defensa propia, y contra alguien que indudablemente se lo merecía, la entrenadora se sintió tremendamente aliviada y sus lágrimas empezaron a remitir.

* * *

El cuerpo sin vida de Fred Strasler había sido retirado ya por los camilleros, y los agentes de la ley se habían marchado, dejando solos a Roy, Chuck, Samantha y Nora.

Chuck se iba recuperando poco a poco de los golpes recibidos, pero como seguía maltrecho y dolorido, Roy aconsejó:

—Deberías acostarte, Chuck.

—Sí, eso es lo que voy a hacer, porque me duele todo el cuerpo —rezongó el entrenador, que estaba sentado en un sillón.

—Yo me ocuparé de usted, Chuck —dijo Nora.

—¿Usted?

—Sí, necesita que alguien le cure los golpes.

—Puede hacerlo Roy.

—Yo soy mejor enfermera que él, así que pasaré la noche en esta habitación, cuidándole —decidió Nora.

—¿Y dónde dormiré yo…? —preguntó Roy.

—En la habitación quinientos catorce, con Samantha. Pero cada uno en una cama, ¿eh? —advirtió, con picarona sonrisa—. Si deseáis hacer el amor, dejadlo para mañana por la noche, que ya habrá terminado la competición. Tú tienes que ganar la prueba de los diez mil metros, Roy, y Samantha tiene que triunfar en el salto de altura, así que no os conviene malgastar energías esta noche. ¿De

acuerdo, parejita…?

Roy y Samantha se miraron fijamente a los ojos.

—Prometo no tocar a Samantha esta noche, Nora —dijo el corredor.

—Y yo prometo ponerle un ojo a la funeraria si lo intenta —dijo la saltadora, muy en serio.

A pesar de ello, los cuatro se echaron a reír.

* * *

Roy Balin y Samantha Fielding habían abandonado ya la habitación, dejando solos a Chuck Palance y Nora Mullins.

—Todavía no le he dado las gracias por haberme defendido cuando Fred me insultó, Chuck —dijo la entrenadora—. Si no lo hubiera hecho, él no le habría golpeado.

—Se me encendió la sangre cuando oí lo que la llamaba. Precisamente a usted, que es una mujer excepcional, Nora. Y lo demostró protegiéndome con su cuerpo, para que no me alcanzara ninguna de las balas que disparaba Fred —recordó Palance—. También yo debo darle las gracias por eso, Nora. Y por el beso que me dio.

La entrenadora sonrió.

—No hay de qué, Chuck.

—¿Por qué me besó, Nora?

—Porque le quiero, Chuck.

—¿Qué usted…? —respingó Palance, a pesar de los dolores.

—Un pajarito me dijo que usted siente lo mismo por mí. ¿Me engañó o me dije la verdad?

—Le dijo la verdad, Nora. Lo que no podía imaginar yo, es que usted me correspondiera.

—¿Por qué?

—Bueno, usted es una mujer muy atractiva, Nora, y yo no soy lo que se llama un tipo apuesto, precisamente… Además, voy camino de los cuarenta.

—Y yo de los treinta —confesó la entrenadora, antes de rodearle el cuello con sus brazos, con mucho cuidado, y besarle largamente en los labios.

EPÍLOGO

Samantha Fielding, superándose a sí misma, consiguió un clamoroso éxito en el salto de altura, estableciendo una marca realmente sensacional, que le abría de par en par las puertas de las próximas Olimpiadas.

Sería seleccionada para formar parte del equipo femenino, eso estaba fuera de toda duda. Y es que la atleta de Oklahoma había saltado como nunca y como nadie, salvando limpiamente el listón una y otra vez, hasta lograr aquel récord tan extraordinario, ganándose merecidamente su participación en las Olimpiadas.

También se había ganado a pulso el nombre de «El Ángel Volador», que para ella inventara Roy Balin, quien, por su parte, hizo nuevamente honor al suyo en la prueba de los 10.000 metros.

Sí, el bravo corredor de Kentucky volvió a demostrar que era realmente una flecha humana, batiendo de forma clara y rotunda a Alan Drake, William Rains y Hoss Finley y estableciendo un nuevo récord en aquella distancia.

Drake, Rains y Finley cambiaron de tácticas en esta última prueba, naturalmente, a la vista de su fracaso en los 5.000 metros. En vez de atacar desde el principio, para cansar a Roy Balin, reservaron sus fuerzas a la espera de que el atleta de Kentucky lanzara su ataque, para ver si eran capaces entonces de igualar su diabólico ritmo de zancada.

Pero les fue imposible, claro.

Ellos eran excelentes corredores, pero Roy Balin era una flecha humana, y tuvieron que rendirse una vez más ante la manifiesta superioridad del corredor de Kentucky.

Aquella noche, tal y como acordaran el día anterior, Roy, Samantha, Chuck y Nora se fueron de juerga, para celebrar los éxitos conseguidos por el corredor de fondo y la saltadora de altura.

Chuck, que aún acusaba los golpes recibidos la noche anterior, dijo:

—Nora y yo tenemos que daros una noticia, muchachos.

—¿Qué noticias? —preguntó Samantha.

—Vamos a casarnos.

—¿De veras...? —exclamó Roy.

—La semana que viene —comunicó Nora.

—¡Es magnífico! —dijo Samantha, abrazando y besando a su entrenadora y a Chuck Palance.

Roy Balin hizo lo propio y después notificó:

—Samantha y yo también vamos a contraer matrimonio, pero después de las Olimpiadas, porque si nos casamos antes...

—¡Adiós medallas! —exclamó la saltadora de altura, y rompió a reír.

Roy, Chuck y Samantha rieron también con ganas.

Y, esta vez, su alegría iba a ser duradera, porque Fred Strasler ya no estaba en el mundo de los vivos y no podría amargarles la existencia.

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España